



REVISTA LITERARIA DIGITAL
de la Asociación de Escritores Noveles

Número 0

Enero 2015

Relatos

Poesías

**Entrevista a
Enrique Laso**

**Recursos:
El trío esencial**

Libros

**Y mucho
más...**

Créditos:

Edita: Asociación de Escritores Noveles.

Jefa de Redacción: Covi Sánchez

Diseño y maquetación: Susana Visalli

Colaboradores: Sara Caballero, Toni Cifuentes, José Luis Díaz, Francisco Javier Gómez, Conchi Gonzalo, J.Jarne, Alex Jiménez, Enrique Lazo, Agustín Molleda, Julia Navas, Margarita Pedrayes, Ignacio Pérez Gonzalez, Jordi Pugolá, Ana Rodríguez, Covi Sánchez, Hipólito Sánchez, Liliana Vélez, Susana Visalli.

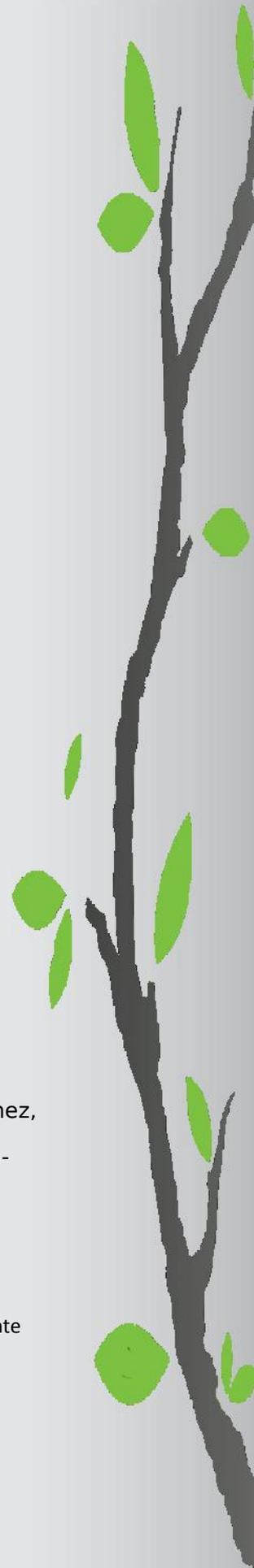
Ilustración portada: Susana Visalli

©Todos los textos e ilustraciones que componen la revista son propiedad de sus autores. Queda prohibida toda modificación y/o reproducción, total o parcial, de cualquiera de los textos que no cuente con la autorización expresa de su autor o autores.

La asociación no se hace responsable de la opinión vertida por los autores.

Enero 2015.

ISSN 2387-0397



EDITORIAL 5

ENTREVISTA

Vamos a conocer un poco más a... Enrique Laso 6

ARTÍCULOS

- Cuando leer resulta tan bestial Agustín Molleda 10
¡Música, Maestro! (Una historia de la escuela La Quintana) M.P.Drayes 12
Borracho y homosexual Ignacio Pérez González 13
El trabajo bien hecho / Amabilidad Jordi Pugolá 14

RELATOS

- Héroes por una sola vez Sara Caballero 15
El perro demasiado pequeño Toni Cifuentes 18
En la lista José Luis Díaz 21
Noche de paz Francisco Javier Gómez 22
La peluquera Conchi Gonzalo 25
La historia de Alex y Roth Alex Jiménez 28
Llego tarde Julia Navas 36
Cartas Margarita P.Drayes 38
Días de humo Covi Sánchez 39
Los extraños amigos de Jack Hipólito Sánchez 40

MICRORRELATOS

- Limpiemos Julia Navas 46
La noche perfecta Ricardo Zamorano Valverde 47
Sueño Cristina Argibay Oujo 47
Lobo Anais González Peralta 47

POESÍA

- Del buscón D.Pablos en las Indias Francisco Javier Gómez 48
Soneto al vino Francisco Javier Gómez 50
Si las paredes hablasen... Julia Navas 51
El año Ana Rodríguez 52

RECURSOS

- Un trío esencial: Inicio - nudo - desenlace Covi Sánchez 53

NUESTROS LIBROS 56

La **Asociación de Escritores Noveles**, conocida como **AEN o @aenoveles**, es una asociación sin fines de lucro que se fundó en noviembre de 2005 en Gijón, Asturias, y donde todos tenemos la misma pasión: la Literatura.

Somos tu compañero de viaje desde el inicio del camino, la hoja en blanco, hasta... donde tú quieras llegar; te ayudamos a fortalecer tus puntos “fuertes” y corregir tus puntos “débiles” para dejar de ser «invisible» y darte a conocer, así como a encontrar tu «propio estilo» literario.

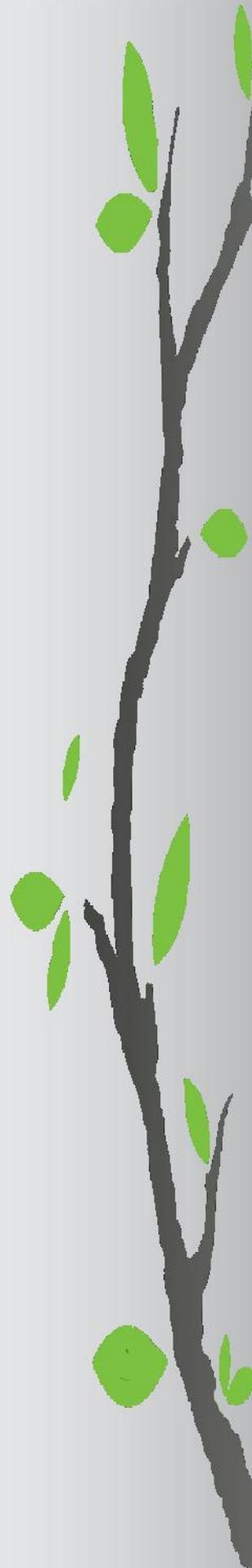
La asociación es un punto de encuentro para compartir dudas, nuestra experiencia, así como para crear, aprender, apoyarnos unos a otros, promocionar nuestros libros, darnos a conocer... y publicar.

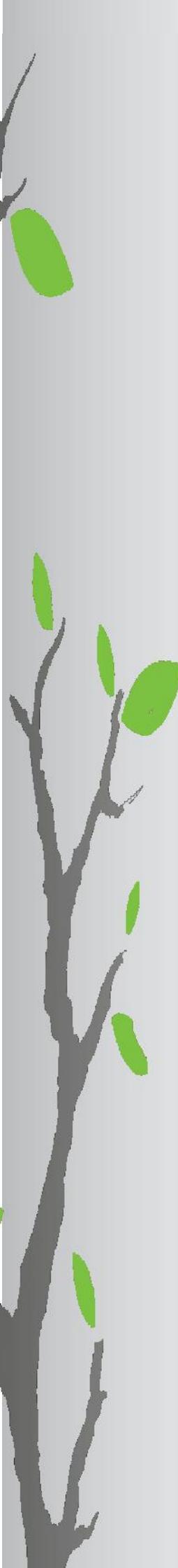
¿Qué hacemos?

Estas son nuestras actividades y servicios para ayudar y acompañar a los escritores desde la hoja en blanco hasta que tienes tu libro publicado:

1. **Informamos** al autor sobre Concursos Literarios, Registro de la Propiedad Intelectual, Derechos de autor, Contratos de Edición...
2. **Cursos y talleres online y presenciales**, donde encontrarás formación en la faceta creativa, así como en la corrección estilística y gramatical, como el Tutorial de Novela (Coaching en escritura creativa), donde el autor aprende con el asesoramiento de su tutor, a la vez que va corrigiendo su obra; los Cursos de Escritura Creativa; los Cursos de Periodismo Digital, los Cursos de Edición o los Cursos de Redes Sociales para escritores ; o el taller gratuito para socios denominado Palabras Cruzadas.
3. Nuestro Comité de lectura realiza **Informes de valoración** (literaria y comercial) y **Corrección de textos**, de forma y fondo (estilo, gramática y puntuación), siempre llevado a cabo por profesionales.
4. Ofreciendo un servicio gratuito a los socios de **Asesoría Jurídica** en Propiedad Intelectual para prevenir timos, abusos y problemas de los autores noveles cuando publican sus obras. Revisamos los contratos de edición (papel y Ebook) y traducción para que se atengan a la legalidad vigente.
5. **Ejercemos de intermediarios** en la publicación de tu obra, una vez valorada y corregida, ya que tenemos un acuerdo con una editorial para publicar a los autores noveles que están en la asociación.
6. Si quieres mirar la opción de publicar con otras editoriales: te ayudamos a realizar la **Carta de presentación y la Propuesta editorial**, así como te informamos sobre qué editoriales poseen una línea de edición afín con la temática de tu obra.
7. **Te promocionamos** como AUTOR en la **radio**, en nuestro programa semanal **El Bibliotren**, así como en las **Redes Sociales: Facebook, Twitter y Blog**.
8. Promocionamos y divulgamos tu libro y te ayudamos realizando **presentaciones** de libros, asistiendo a Ferias del Libro, contacto con medios de comunicación, notas de prensa, promoción en las Redes Sociales... siempre de forma gratuita para los socios.
9. Organizamos **Concursos Literarios** como el **Premio Luis Adaro de relato corto**.

Además, realizamos otras actividades culturales como jornadas literarias, Congresos literarios, clubes de lectura, tertulias, charlas...





Editorial

Ponemos en vuestras manos una nueva publicación de **Y Latina**. Si hablásemos con propiedad, diríamos que resucitamos una publicación, dado que ésta se editó en papel hace ya varios años y desapareció fruto de la falta de financiación.

Y Latina es la revista de la Asociación de Escritores Noveles. Con ella se pretende acercar a los lectores, al gran público en general y a los medios de comunicación una muestra de las actividades de nuestra asociación. Más en particular, queremos acercaros nuevas plumas del panorama literario español; escritores en reiteradas ocasiones desconocidos para el gran público pero que, a pesar de esta invisibilidad, no dejan de tener una contrastada calidad literaria.

La expresión «*escritor novel*» está erróneamente vinculada a la idea de escasa calidad literaria. Esta muestra que tenéis en vuestras manos es un fiel reflejo de que eso no es así. Si hurgásemos en el mundo de los escritores, nos daríamos cuenta de que hay cientos de ellos que, por diferentes motivos, permanecen en el desconocimiento más absoluto del público y del mundo editorial. **Y Latina** es su revista. La de todos ellos. La nuestra.

En cierta ocasión, el director de una publicación vallisoletana afirmaba que «*a los escritores noveles no los lee ni Dios*». **Y Latina** pretende romper esa indiferencia. Tenéis en vuestras manos una publicación fresca, ágil, dinámica, amena... Una publicación diferente para un público desigual que busca leer cosas diferentes. En resumen, se trata de la situación perfecta para descubrir nuevos valores literarios. No la desaprovechéis. Merece la pena.

Junta Directiva de la Asociación de Escritores Noveles

Vamos a conocer un poco más a... Enrique Laso



Enrique Laso (Badajoz, 1972) es un alma viajera, gracias a su profesión y a su ansia por descubrir países que tiene desde su niñez. En la actualidad ha visitado más de treinta países de los cinco continentes.

Aunque profesionalmente siempre ha estado ligado al mundo del marketing y la comunicación, su vida es la literatura. Comenzó a escribir con apenas ocho años, en 1988 devoró casi 400 novelas, y en 1994 fue galardonado con uno de los premios de poesía más importante de aquel entonces, el PREMIO NACIONAL MURCIA JOVEN, por su poemario *INFANCIA PERDIDA*, que sería publicado en 1995.

Por motivos personales y familiares tuvo que dejar la escritura y volcarse en los estudios y en su carrera profesional, pero la retomó en 2005. Ese mismo año publicó una novela corta, *Desde el Infierno*, adaptada al cine en 2014 por Luis Endera, y volvió a hacer colaboraciones esporádicas en prensa y varias revistas. Creó su primer Blog: <http://www.owachy.com/>

Su novela de más éxito, *El rumor de los muertos*, con casi 130.000 ebooks vendidos, ha salido en papel en otoño bajo el sello editorial MR de Planeta.

Utiliza varios alias, el único conocido es Henry Osal, más enfocado a manuales de auto-ayuda y desarrollo personal. Lleva vendido más de 300.000 libros (total contando todos sus seudónimos) y ha sido traducido a doce idiomas.

Actualmente está inmerso en varios proyectos como son la novela *El padre Salas*, ya disponible en Amazon, o *Los Crímenes Azules*, novela que esperamos poder leer en el 2015.

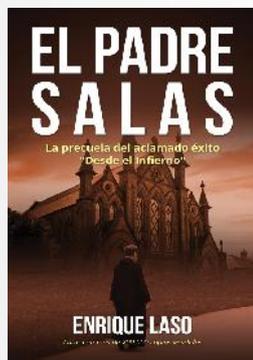
Puedes leer toda la información sobre el autor y sus libros, en su página web: <http://www.enriquelaso.es/index.html>

AEN. —Hola, Enrique, gracias por atendernos. Has publicado varias

novelas, como *El rumor de los muertos* ¿Qué te motiva a escribir? ¿Por qué utilizar varios seudónimos? ¿Se esconde el verdadero Enrique Laso bajo ellos?

Enrique Laso —Llevo escribiendo desde que era un crío. Siempre he querido contar historias y entretener con ellas a otras personas. Ahora tengo la enorme suerte de poder dedicarme a ello por entero.

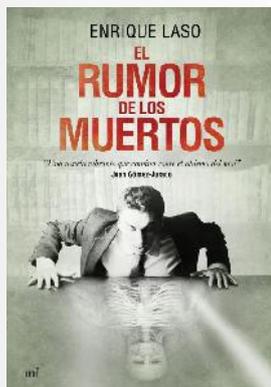
Uso varios seudónimos para no saturar al lector (estoy lanzando una media de dos libros al mes), y para poder cubrir varios géneros sin despistar a nadie. Descubrí que a muchas personas que me habían conocido por la poesía les chocaba mi faceta como autor de terror, y al contrario.



AEN. —¿Alguna vez has sufrido el temido bloqueo ante la hoja en blanco?

Enrique Laso —La verdad es que no. Y espero no sufrirlo jamás. Pero sí que me sucede otra cosa, que considero que es similar: escribir sin descanso para descubrir al día siguiente que lo que hiciste no vale para nada, y tener que tirarlo, literalmente, a la basura.

AEN. —Lo primero que pensé cuando terminé de leer «El rumor de los muertos» fue: «Esta es, sin duda, una novela que atrapa desde la primera línea, donde el autor ha sabido trabajar muy bien las diferentes subtramas». ¿Qué pautas has seguido para escribirlo? ¿Sigues alguna rutina a la hora de escribir?



Enrique Laso —Jajaja, bueno, esa era la intención. Con cada novela, dependiendo de la temática, sigo pautas diferentes. Con “El Rumor de los Muertos” usé varios recursos: capítulos cortos, flashbacks constantes, esquema complejo que se dilucida al final...

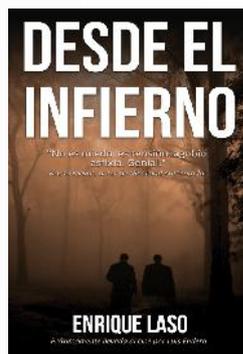
Normalmente me ayudo de cuadernos y una gran pizarra para no perderme yo mismo.

Y sí, suelo seguir una rutina bastante constante: primero surge la idea base, luego el título, más tarde los personajes y finalmente el desarrollo de la trama. Cuando me pongo a escribir ya tengo bastante claro qué va a pasar. Respecto a la jornada diaria: por la mañana trabajo intensamente en la planificación, por la tarde escribo y por la noche leo hasta quedarme dormido.

AEN. —¿Tienes algún género preferido?

Enrique Laso —Ahora mismo el ensayo, primordialmente histórico y científico (sobre todo la física). Pero siempre he disfrutado con el literario y con el policíaco.

AEN. —¿Autoedición (con el respaldo de una editorial) o Autopublicación (el autor es multifunción: maqueta, diseña, corrige, publica, promociona...)?



Enrique Laso —Ambas cosas. Creo que ahora los escritores tenemos la enorme suerte de poder conectar de manera muy directa con los lectores.

Yo intento aprovechar todos los cauces y canales que me ofrece esta nueva época.

AEN. —¿Qué siente un escritor novel cuando ve su novela llevada al cine?

Enrique Laso —Es algo muy bonito. Aunque sabes que las cosas nunca serán como las imaginaste (pues aunque esté basada en tu novela, la película es del director), es fabuloso ver cobrar vida a los personajes, escuchar los diálogos que creaste o descubrir cómo con mucha imaginación y talento se transforman ideas en secuencias cinematográficas.

AEN. —Nunca escribirías...

Enrique Laso —Son varios los géneros y temáticas sobre las que no escribiría. Pero no las voy a señalar, porque podría interpretarse como un menosprecio, y nada más lejos de mi intención.

AEN. —¿Con qué personaje literario te quedas? Recuerdas el libro con el que te iniciaste en la lectura...

Enrique Laso —Alekséi Ivánovich, de “El Jugador”.

Y la verdad es que no recuerdo el libro con el que me inicié, porque ya con cinco años leía

AEN. —¿Qué libro elegirías para iniciar a un adolescente en la lectura? ¿Y a un niño?

Enrique Laso—A un adolescente posiblemente “El Túnel” de Sábato o “El Guardián entre el Centeno” de Salinger. A un niño “El Camino”, de Delibes, o “La Historia Interminable”, de Ende.

AEN. —¿E-book o papel?

Enrique Laso — Ambos. Aunque leo mucho más en papel. Las novelas largas y las que deseo conservar por años siempre en papel.

AEN. —¿Qué e s t á s e s c r i b i e n d o ahora?

Enrique Laso —La segunda

parte de “Desde el Infierno” y el esquema de “El Misterio Tesla”. Lo que escribo bajo mis seudónimos es secreto, jajaja.

AEN. —¿Recomiendas los talleres de escritura? ¿Crees que los premios literarios son importantes para un escritor?

Enrique Laso —Yo nunca he acudido a un taller de escritura, porque soy de una generación en la que no abundaban tanto y siempre he considerado que la mejor escuela es: leer y escribir mucho. Pero conozco gente muy contenta con ellos. En Estados Unidos es muy habitual que autores de éxito hayan pasado por uno o más.

Y respecto a los premios literarios; considero que para un autor que empieza son importantes, porque te animan, te dan prestigio y te permiten publicar. Creo que con el tiempo se transforman en una cuestión de ego y lucro. Y no lo critico: que yo tengo un ego infinito y necesidades económicas, como todo el mundo.



muchísimo. Pero sí sé que Salgari, Verne y Christie me engancharon muchísimo, como a tantos y tantos lectores.

AEN. —¿Y el que dejó una huella imborrable en ti?

Enrique Laso —La Montaña Mágica, de Thomas Mann. Es una novela impresionante, que nunca me canso de releer.

AEN. —Un libro que no has podido terminar de leer

Enrique Laso —Por desgracia la lista es larga. Pero uno que he intentado varias veces, y que se me ha resistido siempre, es “Doctor Zhivago”, de Boris Pasternak.

AEN. —Ahora deja volar tu mente, ¿qué libro te hubiese gustado escribir?

Enrique Laso —Muchos, muchísimos libros. Me hubiera encantado escribir “Bella del Señor”, de Albert Cohen.

AEN. —¿Qué música elegirías para acompañar tus libros?

Enrique Laso —Suelo escribir en silencio o con música clásica o electrónica con el volumen muy bajo. En alguna de mis novelas “suenan” melodías. En “Desde el Infierno” el Tannhäuser, de Wagner; o en “Los Crímenes Azules” Karma Police, de Radiohead.

AEN. —Dinos tres autores preferidos...

Enrique Laso —Para no liarme con los vivos, recurriré a Thomas Mann, Dostoievski y García Márquez.

AEN. —¿Cuánto tienen tus libros de ti?

Enrique Laso —Muchísimo. ¿No es así en todos los casos? Creo que en los libros volcamos gran parte de nuestros sueños, vivencias, anhelos, traumas, deseos, alegrías y sufrimientos.

AEN. —Un punto importante son las correcciones, ¿por qué el autor novel le tiene tanto «miedo» al corrector profesional? ¿Conocemos realmente en qué consiste su trabajo?

Enrique Laso —Yo no lo tengo miedo, ino se lo he tenido nunca! Creo que un buen corrector es clave en la carrera de un autor. Cómo voy a tenerle miedo a alguien que es un aliado en

mi éxito...

AEN. —Y para finalizar... cinco consejos que le darías a un escritor novel.

Enrique Laso —Es habitual que suene a tópico, pero es que muchas veces algo por repetido no deja de ser cierto, ni válido:

- Lee mucho, todo lo que puedas.
- Escribe mucho, todo lo que puedas.
- Asume las críticas y construye desde ellas.
- No te rindas jamás, si de verdad escribir es tu sueño.
- No pienses sólo en el ahora: quizá tu obra encuentre su lugar en la Historia de la Literatura mañana. No estarás en este mundo para disfrutarlo, pero tu voz seguirá resonando con fuerza. Serás inmortal...

Muchísimas gracias a la AEN por esta maravillosa entrevista, y seguid impulsando los sueños de tantos autores que merecen ser leídos, que es lo que a fin de cuentas todos los que nos dedicamos a esta mágica vocación deseamos.



Cuando leer resulta tan bestial

Agustín Molleda

En el salón de mi casa puedo tirar de estantería y emborracharme de lectura sin gastarme un céntimo. En la biblioteca de mi barrio puedo cegarme de libros de todos los estilos sin coste alguno. En el primer caso, tendré que vérmelas muy probablemente con mi pareja pasando sin rubor el aspirador por debajo de mis pies; escuchar el ruido monstruoso de un taladro vecino agujereando la pared para colgar el cuadro adquirido en el Rastro de los domingos; incorporarme del sofá hasta tres o cuatro veces para abrir la puerta a un testigo de Jehová, a un becario de cualquier ONG, al vendedor comercial de turno que tratará de ganarme para su causa regalándome dos sartenes y una cacerola, y al vocal de la comunidad de propietarios que me comunicará la aparición de una gotera en el techo del piso de abajo y que tienen que levantar la madera de mi pasillo. En el segundo caso, soportaré estoicamente a los desconocidos estudiantes o unos señores no muy viejos que no dejarán de observarme cada vez que sopeso si bostezar, carraspear o expeler una inoportuna ventosidad; también estaré yo pendiente de ellos: un bolígrafo que se cae al suelo, el rechinar de la silla al recogerlo, un resoplo quejumbroso de cualquiera de los señores, alguien que se levanta a mear; otro que se incorpora del asiento para hojear libros del estante. En conclusión, un runrún al que muchísimos españoles se agarran para no abrir un libro en su puñetera vida.

Pero hete aquí que en mi reciente visita a Praga pude dar con la explicación de porqué en mi país la gente lee tan poco, como si sintiera rencor hacia los libros. Paseando por un precioso bulevar, advertí que cientos de ciudadanos abarrotaban las librerías. En un primer instante pensé que era porque en la calle hacía un frío que pelaba; que se refugiaban en el calor de los libros para huir de las bajas temperaturas y de la fina lluvia que caía en esos momentos. El aire cálido que burbujeaba en el interior de las librerías evitaba el carraspeo y la suelta de flemas. Los había que, arrellenados en las butacas a disposición de los clientes, hojeaban satisfechos las últimas novedades literarias. Todo era tan confortable... La larga sombra de la envidia se extendió como una mancha de sangre sobre mi cuerpo y quise saber el motivo por el cual las librerías se encontraban atestadas de inquilinos.

Costó muy poco dar con ello. Me bastó con acercarme a uno de los expositores y requisar momentáneamente el último grito literario. Ni recuerdo el título ni el autor. Al fin y al cabo eso era lo de menos. Antes de echarle un vistazo, miré el precio. ¡Oh, pasmo! La etiqueta marcaba ¡10 euros! ¡Un volumen de casi mil páginas con olor a nuevo! En el lazo que lo cubría aparecía escrito el siguiente reclamo publicitario: “Best seller 2014”. Por si se tratara de un descuido o un error del librero, tomé otro litro, anunciado también como “novedad”. Idem de lienzo: ¡9 euros! No salía de mi asombro. Las contendas son épicas y yo estaba

Y
latina





anteriores, guardaba el aroma de la juventud. “Todo lo que no cambia de lugar es prosa”, escribió Nicanor Parra. Y en verdad que el precio era el mismo, euro arriba, euro abajo. No pude más y me cabré: hice de vientre encima de la señora madre de mi editor, del ministro Wert, de los dueños de las librerías donde coloqué mis novelas, del todopoderoso Montoro, del IVA... Todos juntos, o individualmente, se reían de mí a la cara. Ahora me explico que sea más difícil vender un libro mío que cantar ópera en el Liceo de Barcelona. ¿Qué españolito de a pie puede comprarlo al doble de precio?, protesto ahora en voz alta.

A pesar de lo cual, no me vi conforme y, lejos de desistir, afectado por la resignación, entré en otra librería algo alejada de la anterior. Pudiera ser que, al desconocer el idioma, figurara un cartel en los enormes ventanales donde dijera: REBAJAS. También pudiera haber ocurrido, pensé entre alucinaciones, que el vendedor, al verme entrar y reconocermelo como españolito de a pie, se hubiera dado mucha prisa en confundirme bajando ostensiblemente el importe final de los libros. Por eso acudí a la siguiente librería, a darme una segunda oportunidad. Cualquier cosa podía pasar en un país extranjero.

El bulevar, con los árboles desnudos, casi sin ramas, se avituallaba con cientos de turistas de toda condición y país. Éramos los únicos ociosos que a esas horas de la mañana merodeábamos sin rumbo fijo, afanados en curiosear tiendas de moda y mercadillos. La lluvia ya no caía mansa, sino con más fuerza. Yo no llevaba paraguas, pero sí mi chubasquero asturiano, el que conoce de memoria el *orbyu*. Me cubrí la cabeza con la capucha y dejé que las gotas cayeran sobre mí a la manera que se derraman sobre los campos andaluces: sin empapar. Un hombre flaco y bien entrado en años, tropezó conmigo por no levantar la vista del paraguas, yéndose al suelo. Le ayudé a levantarse. Tenía los ojos rasgados y una sonrisa que le había regalado su madre al parirle. Yo, al tiempo que le auxiliaba, proclamaba: “sorry, sorry, sorry...”. Era lo único en inglés que sabía pronunciar para disculparme por mi torpeza. Todo se solucionó con un ok. El coreano o japonés llamó éxito a una derrota.

El empleado de la nueva librería era afable y delicado, nada dado a sumisiones torrenciales. Me atendió de tú a tú, sin inclinaciones. Me preguntó qué deseaba. Le contesté que mirar las últimas novedades literarias salidas al mercado. Hablaba medianamente el castellano. De otra manera me habría sido completamente imposible entenderle una sola palabra. Me mandó pasar al fondo. Allí no se cabía. Con cualquier apretón sonaría la alarma. Todo el mundo manoseaba los libros. Fui derecho al grano. ¡10 euros!, y el siguiente y el otro también. Ya nada más podía hacer, sino apretar los dientes de rabia. “Me cambio de país”, murmuré para mis adentros.

¿Una tercera librería? Para qué. Ya había visto bastante.

Para cualquier español, la imagen romántica del comprador de libros no es más que una quimera, un sueño muy difícil de cumplir. No sirven los impulsos sencillos de quien quiere disfrutar de la lectura. Hay que ser muy macho o muy hembra para atreverse a realizar la compra, o tener la cartera bastante saneada. No importa si se trata de un libro o novela de investigación, de denuncia social, de crímenes, de amor. Nuestros políticos nos asfixian con terribles impuestos a la cultura, como si desearan limpiar el escenario de cualquier conocimiento. Les encanta contemplar el azote de librerías cerradas, de bibliotecas adustas, desplazando al público hacia el bodrio, hacia el comistrajo espectáculo que nos ofrecen la mayoría de las televisiones-basura, en la creencia de que jamás escaparemos de sus discursos corruptos y llenos de mentiras.

Admiro, por tanto, a esos héroes que luchan para que los escritores, los creadores y los vendedores del saber no sucumban a la miseria intelectual. No solo se asesina a la sociedad con un cuchillo, con un arma, con un explosivo o con una bomba nuclear, sino con un impuesto tan despiadado como el IVA.

¡Música, Maestro! (Una historia de la escuela La Quintana)

Por M.P.Drayes

Aunque este artículo esté dirigido a una revista literaria, voy a tratar en él sobre otra de las siete artes: la música. Y lo haré desde la perspectiva del aprendizaje. Porque estoy segura de que más de un lector habrá deseado alguna vez tocar algún instrumento musical y se habrá lamentado de no haber aprendido a tiempo, cuando era joven.

Tenemos la percepción errónea de que lo que no aprendemos de niños ya no lo podemos conseguir de adultos. Pensamos que nuestro cerebro pierde su capacidad de absorber conocimientos cuando llega a su máximo desarrollo o que, a medida que pasan los años, va perdiendo sus funciones igual que nuestro cuerpo envejece. Creemos que, llegados a una edad, no recordamos ni la lista de la compra, pero esto no es así. Diversos estudios están demostrando cada día, que tenemos dentro de nuestra cabeza un órgano capaz de muchas cosas si lo ejercitamos un poco.

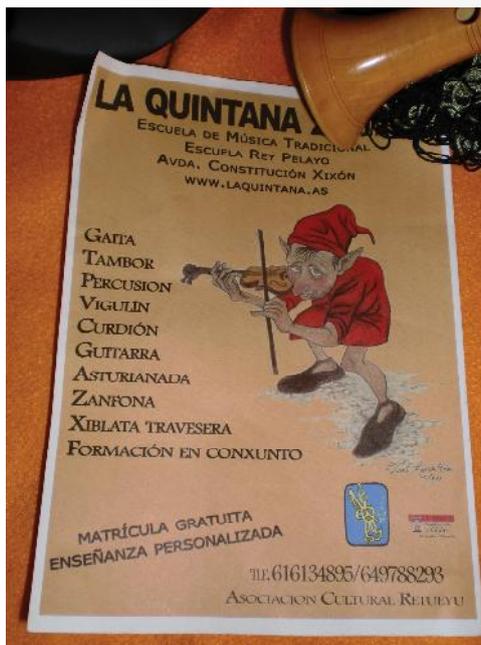
Digo todo esto como introducción, para explicar que uno puede aprender a tocar un instrumento musical a cualquier edad y aunque no tenga conocimientos previos. Y cuando me refiero a cualquier edad, es literal. Se puede comenzar un aprendizaje a los cuarenta, cincuenta o sesenta. Solo hacen falta ganas e ilusión. Aunque un conservatorio oficial nos esté vedado por *viejos*, hay academias y escuelas que nos brindan la oportunidad de quitarnos esa espinita clavada que tenemos desde hace años y que, cuando acudimos a un concierto y vemos a los profesionales de la música deleitarnos con su quehacer, nos vuelve a pinchar. Pues

hay lugares que nos permiten introducirnos en un mundo que ya pensábamos inalcanzable.

Una de esos lugares es la escuela "La Quintana" de Gijón, en el colegio Rey Pelayo, con una trayectoria de más de dieciséis años en los que ofertan enseñanzas de instrumentos tan distintos como gaita, zanfona, violín, acordeón, percusión o guitarra. Incluso la tonada asturiana tiene un lugar para el que quiera aprender a cantarla. A lo largo de esos años han impartido clases hasta de arpa céltica o baile regional. Porque su enseñanza, sin la rigidez de los cursos oficiales, se ha ido adaptando a la demanda por parte del alumnado incorporando instrumentos que forman parte de una cultura compartida con otros pueblos atlánticos.

Las clases son personalizadas y se imparten en horarios de tarde, facilitando el poder acudir a ellas a quienes trabajan, adultos que conforman el mayor porcentaje de los que van a aprender a La Quintana. Aquí la escuela se adapta al alumno y no a la inversa, algo difícil por no decir imposible en la educación actual. A la enseñanza se une, además, una labor tan importante como es el desarrollo y mantenimiento del patrimonio musical asturiano y su difusión, para que no se pierda en el olvido. Todo esto llevado a cabo por un grupo de profesores que ponen dedicación y paciencia. Mucha paciencia, doy fe. Y ahora, me voy, que tengo clase de violín...

Si queréis más información:
www.laquintana.es



Borracho y homosexual

Por Ignacio Pérez González

Ahora que han proliferado películas sobre la vida de este escritor, especialmente centradas en el episodio de elaboración de su escalofriante novela *A sangre fría*, empezamos a tener una idea de quién era y qué aspecto tenía Truman Capote. Y como el cine tiene la misión sagrada de reproducir el mundo real, nos lo imaginamos igual a los actores que le han interpretado, esto es, bajito, cuadrado, de piel blanca como el metano, algo mazacote y muy muy británico, pese a su nacimiento americano.

¿Por qué es interesante este narrador? Es contemporáneo, eso quiere decir que hace poco que ha fallecido, y en su época no tan lejana fue muy famoso y se movió por círculos de gran influencia y roce con famosos de todo tipo.

Además, era homosexual y alcohólico. Que no tendría nada de particular hoy en día sino es porque él mismo lo confesaba en su *Música para camaleones*, una especie de recopilación de cuentos, artículos y ensayos de prodigiosa calidad e interés, donde él se convertía en protagonista haciéndose preguntas o acompañando a una limpiadora en su recorrido por los empinados rascacielos de una ciudad estadounidense.

Y porque sin Truman Capote no habría existido es a *Audrey Hepburn* divina desayunando frente al escaparate de la paradigmática joyería Tifannys, luciendo un vestido y un peinado que han pasado a la historia y a la mitomanía de la sociedad moderna. Pues... ¿quién no recuerda esa espigada figura, esa nuca interminable y blanca, esa fragilidad femenina de belleza angelical de *Desayuno con diamantes*?

Él escribió aquella obra. Cuando le llegó el éxito no dudó en preguntarse a qué era debido, respuesta que encontró moviendo la pluma sobre el mismo papel, adivinando que nada

era al azar, que había triunfado escribiendo porque no había hecho otra cosa en su vida que escribir, emprendiendo desde niño una carrera sin fondo por conseguir la perfección en cada frase, en cada párrafo, en cada página. Un narrador de raza, que se diría. El resultado tuvo que arribar a aquella isla de esfuerzo diario por contar historias. Sirva de ejemplo para todo el que persigue un sueño.

Sueño fue además haber contado con la amistad de otra mujer inolvidable y que magistralmente retrata en un articulillo de su *Música para camaleones*: Marilyn Monroe. Tierna, inocente, rubia y chispeante como el champagne con el que tanto brindó el autor... La acompaña por Nueva York compartiendo intimidades, incluso llega a decirle observando una sombra negra en su pelo: "Creía que eras rubia natural..." Y ella le contesta, muy ofendida: "Lo soy, pero es que nadie es así de natural..."

También Marilyn le confiesa que aún anda pidiendo autógrafos a artistas como Clark Gable, y que rodar en exteriores es un auténtico rollo: "Ufff..., Niágara, qué asco".

El gran Capote recuerda su anécdota en eso de firmar a los admiradores: un marido borracho se le acercó celoso de la devoción hacia el escritor que sentía su propia mujer, y entonces, en vez de presentarle una libreta o una novela para solicitarle su rúbrica, bajándose la bragueta, sacó sus vergüenzas para espetarle muy ufano: "Ya que está dando autógrafos, ¿por qué no me firma esto?"

Alrededor del escritor, silencio, todos espantados. Pero, con toda la tranquilidad posible, el inolvidable autor de *A sangre fría*, le responde: "Ahí no sé si cabrá mi firma, pero puedo ponerle mis iniciales".

Genial.



EL TRABAJO BIEN HECHO

Adoro a la gente que se entrega cada día en su trabajo y última cada detalle. Son profesionales con un alto grado de humanidad y dedicación. Lo veo en muchos maestros y azafatas de vuelo. Pero sucede en todos los oficios. A veces entró en una tienda y cuando veo que el dependiente se vuelca en ayudarme, me apena salir sin comprarle. O entro en una óptica porque las gafas de mi hijo se han torcido. Y aunque ni siquiera las he comprado allí, el empleado se va a buscar unas tenacillas y está durante cinco minutos ajustándolas hasta dejarlas perfectas. Le pregunto cuanto le debo y me dice con una sonrisa: Nada.

No obstante, ambos sabemos que la recompensa les llegará por otra parte. Hay una “ley” que dice que todo lo que hacemos, decimos y pensamos, está comunicado, son vasos comunicantes.

Es como el que se toma la molestia de reciclar o ser compasivo con los demás, incluso con los animales. A veces me han dicho: “Vaya chorrada eso de reciclar. No te lo va a agradecer nadie”. No obstante, hay algo en mi interior que me inclina a hacerlo.

En mi novela “Necesitamos Un Cambio” hay un personaje un tanto alocado, llamado Kristine, que cree a “pies juntillas” en el karma y puede que tenga razón. Hay gente que ostenta cargos importantes y no tiene escrúpulos a la hora de conseguir más poder y más dinero. Sin embargo, al llegar a casa, se quitan la armadura manchada de sangre y ejercen de padres ejemplares. Tienen dos vidas diferentes y la conciencia muy tranquila. ¿Es qué no se dan cuenta que son ríos que desembocan en el mismo mar? ¿Y los resultados? Los resultados son devastadores. Y luego se preguntan “por qué”.

He trabajado muchos años en el mundo de los negocios, en la inmobiliaria que es uno de los más cruentos y mis mentores jamás

se cansaron de repetirme que la vida personal y laboral nunca debían mezclarse. Mi conclusión es que no tenían razón. No se puede ser ángel y demonio a la vez. Por supuesto que hay que tocar con los pies en la tierra y ser productivo y eficaz, pero también se puede serlo sin pisar cadáveres. Cuando haces las cosas bien en ambos planos, en tu vida unificada, eres más feliz. No hay que pensar tanto en el dinero, si ofreces lo mejor de ti, el dinero viene después. Sólo hay que tener paciencia. Si tuviésemos más paciencia, el tiempo jugaría a nuestro favor y no al revés.

AMABILIDAD

Un día fui a recoger a mi hijo a la escuela y a la salida, nos tropezamos con otro padre que andaba desesperado buscando al suyo, también de seis años. No estaba ni en su clase, ni en el las aulas de las actividades extra-escolares, ni en el campo de fútbol y los monitores decían que tampoco le habían visto. Mi hijo y yo nos miramos unas décimas de segundo y sin pensarlo nos lanzamos en su búsqueda. No lo encontramos, pero al final resultó que el niño se había quedado con la madre en casa porque estaba enfermo y al padre no le habían avisado. El hombre, de repente se derrumbó. Estuvimos charlando un rato, nos reímos para liberar la tensión y ahora somos grandes amigos.

Hay que ser amable, con tu mujer, tus hijos, los amigos y especialmente con los desconocidos. Sea por empatía o por seguir la leyes del karma. Alguna vez me he encontrado también en algún apuro y he descubierto, que no hay nada más reconfortante que alguien que pase por ahí, te ayude y te trate con cariño. Si todos tuviésemos consciencia de ello, el mundo funcionaría mejor. Necesitamos un cambio, por eso esta frase da el título a mi novela. El cambio está en cada uno de nosotros. Empecemos por nosotros mismos, “Be the change” como dijo Gandhi.

Héroes por una sola vez

Sara Caballero

Rubén apaga el televisor, se despereza en el sofá, se ha quedado traspuesto. Se retira la manta de encima, el calor que había entre ella y él se desvanece. Su temperatura se templó, eso le ayuda a espabilarse. Tiene tiempo de sobra para prepararse, pero una fuerza le empuja a perderlo rebobinándose: cubrirse de nuevo con la manta, sentir su calor otra vez y adormecerse viendo cualquier programa vespertino.

¿Quién me mandaría meterme en este embrollo? ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Darle plantón? No, dar plantón, no. Porque, si resulta que es ella, estaría dándole la espalda al perfil que tantas veces he creído encontrar. No puedo echarme atrás ahora, perdería esa oportunidad hoy más que nunca tan fácil de asir. Lo más difícil está ya hecho, así que sería una completa estupidez dejar pasar la ocasión de encontrarme con ella. Me costaría vivir con la idea de haber podido tenerla delante y no haberme presentado.

Acaban estas retahílas en la cabeza de Rubén y, sin saber cómo, en vez de rebobinarse, consigue levantarse. Se arrastra hasta el cuarto de baño y se mira en el espejo. No le gusta lo que ve. Se ha dejado crecer demasiado el pelo y, cuando eso ocurre, cada ondulación de su rubio cabello pelea por hacerse visible. No es que sea un esclavo de la imagen, pero nunca se ha visto atractivo con greñas de león. ¿Por qué no habré pensado en esto antes de esta tarde? ¿Cómo voy a remediarlo un sábado que casi todas las peluquerías están cerradas? Vuelve al salón y pone la radio: «y hasta aquí nuestro especial David Bowie. Esperamos que Radio 3 os haya vuelto a dar allá donde más os duele. ¡Haaaasta el próooximo fiiindeee!». *Joder, hacía mogollón que no escuchaba esto.*

Un encaprichado Rubén, olvidado ya de



su cabellera leonina, se entretiene rebuscando entre sus muchos Cd's y vinilos hasta que da con uno de David Bowie. Comienzan a sonar las primeras notas y regresa al baño bailando y canturreando. Afeitado y baño. Al salir de la ducha, con la toalla atada a la cintura, se acerca al ropero de su habitación. Lo abre. Observa su ropa colgada de las perchas. Pone cara de desaprobación y siente nuevos deseos de rebobinarse: ducharse, toparse con Bowie en la radio, rebuscarlo entre su música y entrar en calor con su manta en el sofá mientras se anula su mente con cualquier cosa que emitan por la tele.

¿Y si resulta que en realidad he quedado con la chica que no es? ¿Y si he dejado mi suerte en manos de una agencia que me ha citado con la mujer anti-perfil? No, no acudiré. Paso de perder mi tiempo en descubrir a la mujer perfecta para el vecino. *Además, como no tengo manera de comunicarme con ella, tan solo con la agencia de contactos, en realidad, si anulo mi cita, es como si no la estuviera dejando tirada.* Pero Rubén no pone en *pause* su cabeza, no salta a la pista no programada de llamar para anular su cita. *Estúpida conciencia. Sería un capullo si me echara para atrás justo el mismo día de la quedada. Por mucho que sea muy fácil hacerlo pues yo no daría la cara frente a la chica. Buff, no, Paula me hizo algo parecido, también Laura, y Jaione, y Alejandra....* Rubén aguza el oído y se da cuenta de que acaba de sonar una de sus canciones preferidas, pero sumido en su relación de nombres ingratos no le ha prestado mucha atención. Vuelve a la sala, pulsa el botón de marcha atrás hasta que ve un siete en la pantalla del reproductor. *Mmm, mi número de la suerte y "Héroes".* Un irrepresible y caprichoso Rubén pulsa *play* y *replay* y la voz de Bowie se hace un bucle.

Regresa a su cuarto a enfrentarse de nuevo con el armario. Sus prendas no están tan mal. Y al fin y al cabo, la semana anterior en el formulario de la agencia había rellenado la casilla de "¿cómo desea sus primeras citas?", escogiendo la opción de "informales". Le había hecho gracia que pusiera "citas" en lugar de "cita", pues era como si la propia agencia reconociera de antemano que la probabilidad de no acertar juntando a dos personas era muy alta. *Para eso me basto yo solito.* Pensar eso no le dio muchos ánimos, pero hacía tiempo que no estaba muy atinado eligiendo chicas con las que salir, así que al final se había inscrito. Recordaba lo ridículo que se había sentido rellenando la solicitud. *Ojos marrones, sin pendientes, ni tatuajes, treinta años, metro setenta, delgado, ni guapo, ni feo, aficiones culturales, bla, bla, bla.* Pero hoy que había llegado el día de su primer encuentro a ciegas se daba cuenta de lo acertado que había sido dar algunos pormenores personales a unos desconocidos.

De nuevo se sentía con ánimos de seguir adelante con aquella historia. *Venga, vístete ya.* Vaqueros azul oscuro ligeramente ajustados, atados por un cinto de cuero marrón, una camisa de manga larga estampada con diseños de cachemir marrones y granates, puños y solapas grandes, bien abiertas, y sobre ella una pelliza ocre con forro de pelo que le cubre casi hasta las rodillas. Botines marrones de cordones, gorro y bufanda de lana granate. Ropa retro desgastada, pero Rubén es un tipo de *acabados viejunos*, además de camarero en un bar del casco, un garito de poco tránsito, el tipo de trabajo que se acepta mientras se piensa en dar con algo mejor. Cinco años y aún no había dado con ello. *Bueno, si esto sale mal, al menos habré tenido un sábado libre en mucho tiempo. Aunque, claro, como le tuve que pedir el día libre al Mateo, da igual cómo me vaya porque mañana me hace un tercer grado fijo. ¡Menuda portera está hecho el jefe!*

Apaga la música. Adiós, Bowie. Una última mirada en el espejo de la entrada.



La quedada es informal, pero estás nervioso, pedazo de idiota. Coge las llaves, sale y cierra. Si coincidiera con algún vecino vería un chaval que parece que se va a comer el mundo. Menos mal que no me he encontrado con la vecina en la escalera, siempre me mira de arriba y abajo y me suelta un “a tus pies todas, a tus pies”. Anda que si ella supiera... Alguno asomado al balcón podría ver salir del portal un tipo de andares elásticos, como si en vez de tacones, llevara muelles. Esa era la inconfundible manera de andar de Rubén camino de la boca de metro más cercana. Había preferido indicar que las primeras citas fueran lejos del centro con la esperanza de no dar ocasión a cruzarse con amigos y conocidos y tener que dar excusas o explicaciones o excusas como explicaciones.

Se sube al metro, es tarde de fútbol así que va bastante lleno, se sienta donde puede y como puede, y temeroso de encontrarse con alguien conocido o peor, con la chica desconocida, se cala el gorro hasta las pestañas y se alza el cuello y las solapas del abrigo. *Me siento como si fuera un delincuente que ha de camuflarse para no ser pillado por la poli. Menuda historia para contar mañana al Mateo.* Cuando el metro llega a San Mamés una horda de aficionados futboleros se baja y Rubén desea ser uno de ellos. *Esta masa humana me protegía de ser reconocido por ojos familiares, como entre los cuatro gatos que seguimos el viaje haya alguien que me conozca, no los despistaría ni aunque me pusiera una careta.* El metro llega a su parada y un Rubén camuflado se baja sin mirar a nadie y sale ansioso por alcanzar la superficie de la ciudad. *Arriba al menos habrá oxígeno.*

Una vez ya sobre tierra mira a su alrededor, y solo cuando comprueba que ya no hay gente se sube el gorro, se baja el cuello y las solapas del abrigo y asoma su cabeza como una tortuga saliendo de su caparazón. Se han citado en el paseo junto al mar, a la altura de la *Casa de los náufragos*. Se reconocerán el uno al otro porque los dos se pondrán una chapa con el dibujo de media naranja vista por su parte carnosas. *Cosas de la agencia, no sé cómo llevará mi chica desconocida todo esto, pero yo hasta el último momento paso de que me vean con esto pinchado.* La Casa no está lejos y Rubén, como un caballero viendo el filo de la espada que le dará el golpe mortal, observa la punta de la chapa que está a un paso de atravesar la tela de su abrigo, cerca del corazón. *Ya está, ahora ya sí que no hay marcha atrás.* Camina estresado por el paseo viendo chapas de naranjas por todas partes y en ninguna. *¿Y si otros se han citado de la misma manera y hablo con la chica que espera a otro? ¿Y si es mi chica*

desconocida la que se ha rajado? Rubén no puede parar de hacerse preguntas tormentosas y ha llegado ya muy lejos con esta historia así que solo dos cosas podrían pararle la mente: descubrir a la chica o caer fulminado por un rayo. Mira al cielo. *Cielo despejado, ¡vaya mierda!* Sigue andando y en su campo visual comienza a distinguir a alguien que camina hacia él. Le resulta familiar. *Muy familiar.* De hecho, solo una cosa debería de identificar, la chapa, pero Rubén reconocía más detalles. ¡La chica que viene hacia mí con una chapa de naranja en la solapa es Susana!

La agencia de citas a ciegas había rebasado hasta sus propios pronósticos, no parecían apostar por el éxito del primer encuentro, pero acababan de propiciar las segundas partes citando a dos personas que coincidían en tantos aspectos que hasta habían sido novios hacía diez años. Ahora sí que se rebobinaría: desandaría el paseo, regresaría a casa en metro, se desarreglaría y calentito bajo su manta volvería a anularse frente a la tele, pero solo la música podía rebobinar. *Bowie vuelve a mi cabeza: “Though nothing, nothing will keep us together. We can beat them, for ever and ever. Oh we can be heroes, just for one day”.**



El perro demasiado pequeño

Toni Cifuentes

Cuando el coche blanco se detuvo delante de él ronroneando el motor, lo recordó todo aunque hubieran pasado meses.

Corría por el parque y era casi de noche. Iba escuchando música. No miraba a ningún sitio en concreto, aunque sí vio a la chica. Justo cuando pasaba por su lado, se le enredó algo entre las piernas y notó que el tobillo le ardía. Al momento escuchó un *iprurf!* Sonó como si alguien intentara sacar jabón de un bote casi vacío: *iprurf!* Se cayó al suelo y luego se levantó. La chica ya estaba gritando: «¡Lo has matado! ¡Lo has matado!». Lo repetía una y otra vez. Tenía un perro muy pequeño entre los brazos, con la lengua fuera y el cuello torcido. La chica lo tenía abrazado. «¡Lo has matado, lo has matado!». Eso era lo que gritaba.

Él se acercó a ella y le dijo que no lo había visto, que se le había enredado entre las piernas. La chica le chilló: «¡Asesino!». Entonces se acordó del veterinario que había cerca de allí y se ofreció a acompañarla y a pagar el tratamiento.

El perro, de repente, movió la cola y la chica le besó en la boca a pesar de que la tenía llena de sangre. Él dijo: «Lo siento mucho, no quería aplastar a tu perrito». Y luego: «¿Cómo se llama?». Ella le dijo: «Lo vas a pagar, claro que sí. Voy a llamar a mi novio, ¡hijo de puta!». Y él: «Tranquila. El veterinario está muy cerca. A lo mejor te dice que no es nada». Entonces miró al perro lleno de sangre. «Pagaré por lo que sea».

En el veterinario, todavía temblando, ella se sentó. Fue él quien contó a la mujer de recepción lo que había pasado. Después se sentó al lado de la chica, que estaba intentando llamar con su móvil. «No quería hacerle nada a tu mascota, de verdad», le dijo. Le tocó una oreja al perrito y éste le gruñó. Ella le gritó que no lo tocara. Se puso histérica.



«¡Como se muera mi Candy, te mato, hijo de putacabrón!». Intentó pegarle, pero un hombre, que llevaba un hámster amarillo dentro de una jaula, la sujetó por el brazo. «¡Te mataré, cabrón! ¡Cabrón!». Así todo el rato. «Como se muera, te mato...».

Se calmó un poco y él le dijo: «Le pagaré el tratamiento, la operación, lo que sea. Se va a poner bien, ya verás. Ha sido un accidente». Ella estaba llorando, acariciándole la cabeza al perrito que seguía con la lengua fuera y el cuello colgándole de su brazo.

Les llamaron y él entró con ella. El veterinario auscultó al animal. Le miró la boca, los ojos y le palpó el cuello. Y él: «Se pondrá bien, ¿verdad?» Y ella, sollozando: «Este cerdo ha matado a mi Candy». Aunque ella no quería soltarlo, el veterinario se lo llevó para hacerle unas radiografías. En ese momento a ella le sonó el móvil y lo cogió. «Cari, Candy, nuestro cuqui... Cari, a nuestro Candy lo ha aplastado un gilipollas. Tienes que venir, por favor. No te escucho. Un gilipollas, sí... No te escucho. ¿Cari? A Candy lo ha pisado un subnormal». Parecía más calmada. Siguió diciendo que no le escuchaba, abrió la puerta y salió.

El veterinario apareció sin el perro. «¿Se ha muerto?», preguntó él. «No, no», le dijo el médico. «Pero está muy mal. Habrá que operarle. Tiene dos vértebras aplastadas y un derrame interno. Será una operación complicada». Él preguntó: «¿Cuánto va a costar operarlo?». El veterinario se encogió de hombros. Caminó hasta una mesita llena de papeles y empezó a teclear en su ordenador. Él miraba hacia fuera, donde, a través de la puerta entreabierta, veía a la chica en la calle moviéndose sin parar y tirándose de los pelos. «Bueno, bueno», dijo el veterinario. «A ver, será una operación complicada». Y él: «Pero, ¿cuánto va a costar?».

Agachó la cabeza y se dio cuenta de que tenía todo el calcetín y la zapatilla llena de sangre. Tenía una herida profunda en el tobillo. Pero pensó en la zapatilla y en que no le serviría de nada lavarla. Se había gastado casi toda la paga extra de verano en comprarse aquellas zapatillas nuevas y después de haberlas usado cuatro veces nada más ahora tendría que tirarlas. Se dio cuenta también de que a su móvil, que llevaba enganchado en una funda sujeta al brazo con velcro, se le había roto la pantalla. También su pantalón de marca estaba rajado. Le dolía mucho la cabeza. El veterinario le dijo lo que costaba la operación. Y él: «¿Qué?». Y el otro repitió: «Cuatro mil». «¿Qué?». «Cuatro mil». «¿Qué?». «Cuatro mil euros. Tiene una pata rota y hay que insertarle clavos de titanio. Le operaré el cuello y posiblemente haya que fijar la mandíbula también. Es posible que suba un poco más». Entonces él se giró y vio que la chica se encontraba junto a un deportivo blanco. Salió un chico muy alto y musculoso vestido con un pantalón de chándal y camiseta de tirantes. Sus brazos estaban llenos de tatuajes. Iba directo hacia la puerta de la clínica. Entonces alguien se puso a pitar y el de los tatuajes se volvió, le dio un beso a la chica y se subió al coche. Las ruedas chirriaron. El veterinario le seguía preguntando qué hacer ya que el perro podía morir en cualquier momento.



Entró una enfermera, que le dijo al veterinario: «Doctor, está en parada». «¿Qué hacemos?», le instó el doctor. Estaba sudando. Volvió a asomarse al resquicio de la puerta, pero aquella vez no encontró a la chica. Se preguntó

dónde se habría metido. «¿Qué hacemos? Va a morirse». Él dijo: «No». Y el veterinario: «¿Qué?». Él repitió: «No. Déjelo. Nos compraremos otro perro más grande». Y se fue.

Salió corriendo. Cruzó la calle sin mirar. Bajó por el parque y, después, tomó el primer autobús. Ya en casa, se tomó una tila y se sentó. Luego, mucho más tarde, se duchó y se metió en la cama.

Se acordó de todo cuando el coche deportivo blanco se cruzó delante de él. Lo hizo de repente, chirriando las ruedas. Se abrió la puerta del conductor y salió un chico alto y musculoso con los brazos llenos de tatuajes. Antes de que pudiera hacer nada, le agarró de la muñeca y se la retorció. En ese momento, mientras intentaba soltarse, la ventanilla del acompañante se bajó y vio a la chica, que le sonrió y le enseñó el dedo corazón. «Hola, cabrón». «Hola», respondió él. «Cari, pégale la paliza de su vida a este mamonazo. Que se acuerde de Candy para siempre». «Claro», dijo el novio. Alguien pitó y el novio, sin soltarle, dijo: «Mueve el coche, cariño. Voy a llevarlo a esos árboles de allí». Le arrastró mientras él se quejaba. Le tiró sobre la hierba recién regada y le dijo que no se levantara o le rompería todos los huesos del cuerpo. El novio estuvo un rato mirando hacia algún lugar y entonces se agachó a su lado. «¿Te he hecho daño?». «Un poco», dijo él. «¿Sueles venir mucho por aquí?». «A veces, a correr». «Se está tranquilo, ¿verdad?». Él asintió con la cabeza. «Yo antes venía también». El novio se rascó la nuca. «Escucha, una amiga de...». Sonó una bocina varias veces y el novio alzó la cabeza por encima de los setos. «¡Cariño, aquí!», gritó, moviendo la mano. «¡Le estoy pegando la paliza! ¡Da otra vuelta, ¿ok?!». Dio una patada al aire y se agachó otra vez. Se puso de cuclillas. «Mira, tío», dijo, rascándose la cicatriz de la mejilla. «Una amiga quiere regalarle otro de esos perros a Daniela». El novio arrancó una brizna de hierba y apretó la mandíbula. «No me caen bien. No paran de ladrar y son demasiado pequeños, ¿lo pillas?». Él asintió. «Yo quiero uno grande, joder, uno fuerte, un bulldog, un pitbull, un terrier, alguno así». Él asintió de nuevo. «Pero ella dice que no, que un perro pequeño es mejor». El novio se sacó algo del bolsillo del pantalón deportivo mientras él se frotaba el brazo dolorido. «Voy a darte esto». Le tendió dos billetes. «Cógelos, tío». Él los cogió. «Son cien euros. ¿Quieres contarlos?». Él miró los dos billetes de cincuenta y luego negó con la cabeza. «Si otra vez te encuentras a mi novia con un perrito como la mierda de Candy, ya sabes qué hacer, ¿entiendes?». «Pero... », empezó a decir él. «Cállate. Si no lo haces, la próxima vez que te vea, entonces sí te daré una buena paliza». Le alargó la mano y, después de dudar un poco, él se la estrechó. «Perdona por ponerme tan brusco antes». El novio se levantó y se limpió el trasero de hierba. «No salgas hasta dentro de un rato, ¿ok?». Él asintió y el novio se marchó masajeándose los nudillos.

En casa, él se quitó la ropa, se tomó una tila, se duchó y se acostó. No consiguió dormir en toda la noche.

En la lista

José Luis Díaz

Nació entre grietas cortadas, entre alambres de óxido, entre voces sin bata, entre pasillos de sudor, entre vendas incompletas, entre lenguas verdes y arrastrando inconscientemente el peso de una piel ambigua. Y creció entre gateos de bala, entre baldosas grises, entre ríos de orín, entre pies curvados; entre bocas de lava y escamas de yeso sorteando, con calor y sed, las frágiles paredes de barranco y hastío.

Y maduró con indebida presteza, con su voz tersa, con sus ojos largos, con su llanto escueto, con su pecho oscuro, con sus dientes sobrios y con la presencia, casi asfixiada, de quienes pisan la grava con los dedos limpios.

Y estudió, asimiló, proyectó, ensoñó, encumbró, derrumbó y reconstruyó como nadie la estoica porfía de sus años venideros.

Y pudo enamorarse de ella, pudo recrearse en ella, pudo conjugarse con ella, pudo arrinconarse sobre ella, pudo dormitar debajo de ella, pudo reinventarse junto a ella y pudo, desnudo o no, arrodillarse sobre la única piel que respira aún sin la sangre doblada del aire.

Y quiso verse, quiso sentirse, quiso compararse, quiso educarse, quiso replicarse, quiso encadenarse, quiso sacrificarse y quiso, con sufrida flema, alargar el aliento sobre la carne de su carne.

Y al escuchar, al sospechar, al temblar, al sortear, al abrazar, al sofocar y al masticar la imagen química que resbala sobre el televisor del mundo, supo que en su estómago, o en su pecho, o en sus piernas terminaría por germinar, como caída del cielo, la raíz roja del metal.

Y de repente, varado en la espina del tiempo, alojado bajo el techo informe y absorto frente al nervio del ruido, un misil nominado, copulado por piedras y arropado de fuego le obligó a renacer, tras morir calmosamente, como un número más en la lista de las sombras.



Noche de paz

Francisco Javier Gómez

Fue en la década de los cuarenta cuando en el pueblo palentino que preludiaba la montaña y ondulaba el llano recordarían de siempre una nochebuena tan movida i para que digan luego que nunca pasa nada! Efectivamente en aquel pueblo de 500 habitantes nunca había pasado nada ni siquiera cuando la guerra pasearon a nadie, allí los únicos paseos eran los aburridos de los domingos por la carretera con la ilusión de ver pasar algún coche.

Pero aquella navidad iba a dar que decir. Todo empezó con un padre capuchino que apareció solitario al atardecer dejando las huellas de sus pisadas sobre el blancor de la nevada. Los muchachos que jugaban a la plaza tirándose bolas de nieve se apartaron con cautela: “es el sacamantecas” dijo un canijillo asustado. Le cortó otro con más aplomo: qué poco sabes, es un fraile, uno de esos que viven en un convento... y decidido fue a besarle la mano. El capuchino preguntó dónde quedaban la posada, el ayuntamiento, la casa parroquial y la vivienda del señor alcalde.

Le informaron y se fue en dirección al ayuntamiento por quedar más a mano. Llamó y una voz interna contestó: un servidor, y le respondieron: adelante, pase usted.

Entró a un despacho donde con lentes, pluma y tintero a la antigua, escribía rasgueando sobre el papel el que debía ser el secretario. De pie, grueso, canoso, y abrigado con una pelliza de cuero, el que por su aspecto de seguro era el alcalde.

Se presentó como lego capuchino de un convento de Palencia. Había salido, como mandan las ordenanzas, con un compañero a pedir por el norte del partido de Sahagún sin alejarse mucho del convento, al otro padre le había dado un cólico malo y le habían llevado al hospital más cercano y él se había quedado con la intención de no perder del todo la salida y acabar el recorrido limosnero, que por lo mal que



andaban los tiempos entre el racionamiento y las malas cosechas, no había alegría y los frailes mendicantes pasaban en silencio, retirados del mundo sus buenos cólicos de hambre.

El señor alcalde le dio las llaves de la casilla municipal aneja al ayuntamiento - la que la gente llamaba casa del pobre, hospital de transeúntes antaño; y con las mismas se fue a su domicilio donde contó el hecho.

Su suegra, una señora con el hábito del Carmen y rosario en las manos, al escuchar la anécdota saltó: cómo es posible que hoy que es nochebuena no se te haya ocurrido traerle a cenar y a dormir a casa, y no dejarle en ese cuchitril del ayuntamiento donde se despachará con un puñado de avellanas con pan y saldrá mañana lleno de piojos; anda, anda y tráetele para acá ya que se nos presenta esta oportunidad de hacer una obra tan buena.

Como la que mandaba era la suegra porque todavía no había repartido la herencia, que no era poca, el señor alcalde, visto y no visto, se trajo al capuchino por un dédalo de calles blancas de la nieve y negras de la temprana noche encapotada y fría.

Ya a la puerta de la casona que sobresalía su fachada de piedra entre otras más livianas, franqueando un zaguán y unos portales espaciosos, llegaron hasta la cocina donde mientras se afanaban en las tareas del hogar,



rezaban el rosario tres mujeres y dos niñas: la suegra, la esposa, la criada y las dos hijas del matrimonio; besos en las manos, efusiones devotas, bendiciones monacales, jaculatorias... y un continuar el rosario dirigido ahora por el monje barbudo. Mientras con voz frailuna y la mirada baja presidía los misterios gozosos del santo rosario, la mayor de las niñas mirando de soslayo se quedaba hasta con el último detalle: el fraile era alto y chupado, más de fraile penitente y ayunador que de zampabollos de las cocinas conventuales. La calva le daba al venerable cráneo un aire apostólico al que solo faltaba la orla de

santidad. El hábito presentaba aspecto desidiioso de montaraz ermitaño, escaso de limpieza. Las manos que sujetaban el rosario eran oscuras, huesudas y de uñas largas; más largas y negras eran aún las uñas de los pies desnudos en las sandalias. La nariz corva y grande, de anchas fosas peludas; las facciones del rostro invadidas por las grandes barbas pobladas hasta los pómulos; todo la recordaba a un mártir de las ilustraciones de los libros de santos de la abuela.

Acabado el rosario de quince misterios por ser nochebuena, a pesar del calor que los tocones y sarmientos del lar donde se hacía la cena daban al aposento, la señora del "hábito del Carmen" decidió que cenarían en la sala, la habitación más aparente de la casa, siempre cerrada y oscura, encerada y fría como un sepulcro, reservada solo para, de tarde en tarde, cuando les visitaba algún pariente o tenían invitados de postín. A la sala se fueron el huésped con el señor alcalde, su suegra y las dos niñas; mientras las otras dos mujeres se quedaban para acabar los preparativos de la cena.

El regidor había llevado el aparato de radio a la sala para animar con el programa de nochebuena la posible tensión de una cena protocolaria y nada habitual.

El monje mientras brindaba con un chupito de "anís la asturiana" con la copa de coñac tres cepas del alcalde, para soltar la envarada lengua,

visualizó complacido la profusión de símbolos cristianos en aquella sala: el altar con el corazón de Jesús, una litografía de la Inmaculada de Murillo, otras de temas bíblicos, un crucifijo de ébano con un cristo de marfil sobre la pared blanca...; veo que estoy en un hogar profundamente cristiano donde en premio a la devoción reinarán de seguro, la paz, la felicidad y la prosperidad.

Las copas de anís sacaban a la palestra matices de predicador, con arrobo de la mandamás de la casa, santificada bajo su hábito de eterna ofrecida que también ponderó el religioso: «pocos cristianos quedan ya que cumplan las promesas de llevar los santos hábitos del Carmen hasta la muerte, a pesar de que es dogma de fe que salvan de las llamas del infierno».

Llegaba la cena: una humeante sopa de navidad, luego el besugo y el cordero, criado en los apriscos de la casa.

La sirvienta traía cazuelas y vinos, turrone y mazapanes. La señora del alcalde —menos mística que su madre— no podía por menos que acordarse del refrán de aquellas tierras «fraile que pide por Dios, come por dos», al contemplar el saque sin fin con que se regalaba, como si el monje llevara una temporada sin comer caliente.

El programa navideño de la radio que presentaba un locutor con entonaciones de sacristán, ponía villancicos de todas las regiones de España, algunos incluso picarescos como el de “esta noche es nochebuena y mañana navidad, dame la bota María que me voy a emborrachar...” o el que dice «esta noche es nochebuena, lo cantaba una zagala, que habiendo con que cenar, no hay noche que sea mala...».

Estaban con los turrone, el cascajo, las peladillas y los mazapanes, después de vaciar los caballeros dos jarras de los viñedos del anfitrión, quien ponderó el capuchino con la boca llena de alborozo «nunca he bebido un vino tan generoso como este, y no el que tenemos en el convento que es casi agua».

El señor alcalde le pasó un puro. No sé si está bien en mi condición... Un día es un día, y un día señalado convino el “monterilla”. Qué bien entraba el coñac acompañado del turrón de Jijona; qué bien sonaban los villancicos cantados al son de zambombas y castañuelas por candorosas y alegres voces infantiles: «noche feliz.... noche de paz... ha nacido el niño Jesús...», cuando en el llamador de la puerta resonaron fuertes tres, cuatro, cinco aldabonazos.

El monje con el sexto sentido a flor de piel sintió repentina necesidad de ir a las cuadras o al corral a hacer lo que nadie puede hacer por uno, mientras el amo de la casa recorría cerrojos y franqueaba la puerta a la pareja de la guardia civil que, tras cambiar con él oscuras palabras y recabar informaciones, se fueron otra vez a la calle donde, metiéndose por un callejón que daba a las traseras de los corrales, llegaron a tiempo de dar el alto a un bulto que saltaba las tapias y corría en la oscuridad hacia el campo.

La claridad de la nieve guio la orientación de los fusiles que, tras dar el alto, se liaron a disparar incluso después de sentir caer un cuerpo en tierra.

A la luz de una linterna comprobaron que se habían cobrado al “Capuchino”, un maquis de la montaña, que ya había repetido la hazaña de, como fraile, presentar sus respetos a los párrocos en la casa rectoral y salir al poco tiempo con un cura menos en el mundo.

Como había sido en su adolescencia seminarista o lego, según decían, el papel de fraile se le daba de película.

En la radio los niños candorosos seguían cantando «noche de amor, noche de paz...» y la suegra del alcalde les repetía a su hija y a la sirvienta: «Sabéis lo que os digo, que yo viéndole comer como un lobo y cómo movía las uñas negras en las sandalias, ya me recelaba que no era precisamente un capuchino.

La peluquera

Conchi Gonzalo

“Ya está hecho, ahora tranquilidad” —me dije, mientras me colocaba el pelo en el espejo central.

En realidad me llamo Agustina pero todos me llaman Agus. Tengo 26 años y vivo con mi padre, que a temporadas se va con mi hermano. Los días transcurren sin estridencias en esta provincia de Sanmario, donde vivo. Estudié hasta bachiller, después empecé a trabajar cuidando niños, y luego hice un curso de peluquería.

Al poco tiempo cerca de mi calle, vi el anuncio «se necesita una ayudante de peluquería»; entré y hablé con la dueña y... me contrató Ya llevo 2 años.

No soy alta ni delgada, me visto modernilla y me cambio de peinado para parecer algo más y que la gente se fije un poco en mí. Dice mi padre que soy como el tiempo de inestable. ¡Sí!, tiene razón, soy impulsiva, no voy de simpática, aunque si me lo propongo puedo ser agradable, reconozco que en estado normal tiro a áspera.

Hace aproximadamente un año mi amiga Montse se echó novio y estuve descolgada y de mal talante una temporada.

Me gusta la *pelu* y Mari, la jefa, no es demasiado exigente, creo que le ha cogido el tranquillo a mis cambios de humor. Quitando algún jueves, viernes y sábado, el resto de la semana no hay muchas clientas; esos días los paso sacando brillo a los espejos y hojeando las revistas de cotilleos. No les veo interés, pero me son útiles como tema de conversación con las señoras. Ellas sí que chismorrear bien.

Por casualidad, conocí a un chico en la cafetería donde suelo ir; el segundo día que me vio, me invitó a un café. Y sin pensarlo, empecé a salir con él.

Cecilio es unos años mayor que yo, trabaja de mecánico y vive con su madre, ya algo enferma. Cuando me fijé en los pies me dio la risa, marcaban las tres menos cuarto. Aunque finge adaptarse al medio, en el fondo está fuera de su hábitat. No es tonto, pero no tiene luces para ser listo.

Sinceramente, al principio me ilusionó: era atento, algo cortado, de físico andaba escaso a pesar de ser alto, y flaco; me miraba con ojos de cordero, tenía un andar desgarrado y un alineo monótono.

No lo pude resistir, así que a los pocos días le sugerí con claridad que si quería salir conmigo se vistiera más actual. Fuimos juntos a renovarle el vestuario.

Enseguida me di cuenta de dos cosas: que le gustaba y hacía lo que le dijera, y que era un palurdo que necesitaba una mujer. Los primeros meses tuvieron su aliciente: él se ponía meloso, yo la mayoría de las veces le cortaba el rollo, dada mi personalidad asumió que yo dirigiera la orquesta. Como pasa siempre, después de un tiempo apareció la rutina.

Lo que me fastidia de Ceci es que va de generoso. Él cree que con eso te aseguras de por vida y va de bueno lo que actualmente equivale a pez muerto.

Cuando se lo presenté a Montse me dijo en privado y con guasa: «no está mal, a tu lado parece un espárrago».

Lo que al comienzo me parecieron virtudes, se volvieron defectos. Como es parco en palabras, lo arregla con dos cubatas y se le suelta la lengua.

Me fui dando cuenta de su inmadurez. Las escasas ideas que tenía, estaban adheridas y remachadas. Me sacaba de quicio su falta de reacción y el extraño convencimiento de que las personas se compran. Otra cosa que no aguanto es que rehúya los problemas, porque eso es de cobardes.

Cada día se caía un trozo de su falsa fachada, como el otro día que se delató solo. Resulta que yo no tenía ganas de... retozar (como lo llama él) y se enfundó diciendo:

—Se acabó el Ceci desprendido. A partir de ahora no verás nada de mí.

Le miré con burla.

—¡Huy qué miedo!, se despertó la fiera...

Su manera de enfadarse era con él mismo, renegaba entre dientes del fallido plan.

El caso es que después de unos meses me cansé y le dije que lo dejábamos. Fue tal la cara de asombro que puso, que tardó minuto y medio en acertar a decir:

—Es broma, ¿no?

Estuvimos unos días sin vernos, apostaría que me observaba a escondidas, algo típico en él, en lugar de defender su opinión asentía y a escondidas se desquitaba.

Me llamó, quería que habláramos. Aseguró que haría lo que yo quisiera, que me necesitaba mucho. Montó el número del cordero abandonado. En el fondo daba pena.

Le expliqué que no me gustaba cómo era; lo curioso es que estaba convencido de que no podía dejarle. Sus invitaciones y obsequios le garantizaban tenerme siempre.



Reanudamos la relación. Quise saber hasta dónde estaba dispuesto por tenerme. Una tarde le dije:

—Si tanto me quieres nos casamos.

No supo qué cara poner, no estaba en su archivo de ideas fijas. «Balbuceó bue..., es que..., y si esperamos».

Me sublevó

—¿A qué? ¿A que te falten las pocas facultades que tienes?, ieres el colmo! No se puede ser más gilipollas. Me levanté y marché.

Ya te acordarás, pensé para mí, cómo se atreve, de qué va, es más falso que una moneda de tres caras. Volverá gimoteando con lo bueno que soy, soltará su retahíla, reforzará el efecto con la lástima y el chantaje y si no funciona, será la culpable de su desgracia y dirá que nunca encontraré a nadie como él.

No cesó de perseguirme. Tuvo la petulancia de decirle al compañero del taller que me dejó él. No cabe más cinismo.

Está decidido: me revestiré de indiferencia, le veré un par de veces, oiré sus torpes palabras, acabaré con su desfachatez y fin. Lo planeé con todos los pormenores, no podrá fallar: el sitio, la hora, el método, la cuartada. Él se lo buscó.

Estaba colocándome el cabello, cuando entra una asidua clienta

—Hola Agus. Sal de tus pensamientos anda, arréglame enseguida estos pelos que me está esperando y, ya sabes, le gusta verme bien peinada.

La historia de Alex y Roth

Alex Jiménez

En las tierras de Arthen había dos reinos: Marathia y Oiben. Desde sus inicios, ambos reinos peleaban por conseguir el gobierno de la ciudad.

Sus guerras, a lo largo de los años, fueron innumerables, pero nunca hubo un claro vencedor, solo muertes y cadáveres.

Un día, los reyes de ambos reinos se reunieron y pactaron una tregua, pues de seguir así, acabarían por destruirse por completo el uno al otro, y las tierras de Arthen quedarían desiertas.

Y así han convivido durante veinte años....

Roth corría por las calles del barrio. Sus sandalias remendadas resonaban contra los adoquines polvorientos. No sabía adónde iba, solo quería correr. Había salido a pasear junto a sus padres por los mercados de la ciudad, pero le había parecido más divertido adelantarse por su cuenta.

Era un chico menudo. Tenía ocho años, el pelo negro como azabache y muy rebelde. Era bajito, de complexión delgada.

Las calles de los mercados estaban abarrotadas de gente. Grandes comerciantes se repartían por toda la zona, los ciudadanos paseaban y compraban, creando un verdadero tumulto en el lugar. Así era el reino de Oiben.

—¡Roth!

Era su padre. Estaba seguro. Debían estar buscándole como locos.

Con una pizca de picardía, se decidió a hacerlos esperar un poco más. Se coló entre el gentío y se escurrió por un pequeño callejón. Desde allí se limitó a observar cómo sus padres se acercaban desesperados. El pequeño Roth soltó una risita. Le encantaba jugar al escondite con sus padres, aunque siempre le regañaran cuando le encontraban, pero la diversión merecía la pena.

De repente oyó un ruido a su espalda. Se giró bruscamente, sorprendido. Estaba tan absorto en el exterior del callejón que había olvidado por completo el interior.

Allí había un niño harapiento, sucio y famélico. Estaba tirado en el suelo, recostado sobre la pared. Miraba a Roth con aire de súplica. El joven no supo cómo reaccionar. Se



limitó a quedarse allí, plantado, observando al niño.

—¡Al fin te encontramos, Roth! —dijo la voz de su papá a sus espaldas.

Sus padres se colocaron tras él.

—Te he dicho mil veces que no vuelvas a esconderte, podrías perderte y... ¿qué miras?

Fue entonces cuando ellos vieron al niño harapiento que Roth había descubierto. Su madre fue la primera en acercarse a él.

—¡Dios santo! Si está hecho un desastre. Tenemos que llevárnoslo a casa —dijo mirando a su esposo

Él frunció el ceño.

—A lo mejor tiene padres y se ha perdido —se aventuró.

Ella abrió los ojos con incredulidad.

—Si está aquí, sucio y muerto de hambre es porque lo han abandonado

Él padre asintió.

—Me parece que tienes razón. Será mejor que le ayudemos.

Y así fue cómo Roth pasó a tener un hermano adoptivo: Aris.

Pasaron los años y Aris pasó a formar parte de la familia como uno más. Ambos se unieron mucho.

Salían a jugar juntos. Se peleaban, se reconciliaban. Iban a la escuela. Convivían y se consideraban auténticos hermanos.

Y entonces, ambos se hicieron mayores y pasaron a formar parte del ejército del reino.

Roth era más alto que Aris, pero en cambio este tenía un cuerpo más musculoso. Roth tenía el pelo muy corto, ya que le resultaba más cómodo para luchar. Aris, en cambio, lucía una larga melena oscura de la cual parecía muy orgulloso.

Como parte de formación del ejército de Oiben, marchaban todos los días a entrenar el arte de la espada y el de cabalgar. A la noche volvían a dormir a sus casas y a la madrugada del día siguiente, vuelta a empezar.

Así pasaron tres largos años.

Pero una mañana, cuando Roth se disponía a salir al entrenamiento diario con Aris, se encontró con que la cama de su hermano estaba vacía.

Sin darle importancia, pensó que se había adelantado hacia los entrenamientos para practicar más tiempo. Aquello no le sorprendió.

Pero su inquietud creció cuando tampoco allí lo encontró. No apareció durante el resto de ese día. Ni el siguiente. Ni en toda la semana. Ni Roth ni sus padres sabían que había sido de Aris. Nadie en Oiben le había visto desde hacía muchos días: había desaparecido por completo.

Fueron momentos duros para Roth y su familia, ya que Aris había sido un miembro más para ellos. Impotente, Roth salió de Oiben y recorrió los alrededores del reino para ver si encontraba alguna pista, pero nada encontró.

Se preguntó si debía ir a Marathia, pero enseguida desechó la idea. Aunque estuvieran en tregua, a ninguno de los dos se les ocurría ir a visitar al otro.

Solamente esperaba que Marathia no hubiese secuestrado a su hermano para algún fin maligno, si no, sí que se vería obligado a invadir la ciudad para rescatarlo. Y lo haría, vaya que si lo haría.

Una noche, Roth llegó a su casa después de otro duro día de entrenamiento en el ejército. Tras saludar a su madre, Roth se fue a su habitación y se echó sobre su cama.



Habían pasado cinco meses desde la extraña desaparición de su hermano. No sabía que podía haber pasado. Pero algún día tendría que llegar al fondo del asunto y descubrir la verdad.

Cerró los ojos, dispuesto a dejarse llevar por el sueño cuando, de repente, unos gritos le sobresaltaron: provenían del exterior.

Dio un brinco y se asomó. La oscuridad dominaba la noche, pero a lo lejos observó gente corriendo. Algo había causado mucho alboroto.

Sin pensárselo dos veces, se vistió con la ropa de batalla y se dispuso a salir al exterior. Se encontró con sus padres en la entrada de la casa. Parecían muy asustados.

—¿Qué está pasando, hijo? —le preguntó su padre mientras miraba al exterior con nerviosismo

Roth tragó saliva antes de contestar.

—No lo sé, pero debo salir a comprobar que todo esté bien. Es el deber de un miembro del ejército.

Y sin más preámbulos, salió al exterior.

Corrió a toda velocidad por las oscuras calles de la ciudad. Mientras avanzaba, podía escuchar cada vez más cerca gritos y choques de espadas. “¿qué habrá pasado?” pensó Roth nervioso.

Cuando al fin llegó hasta la entrada, vio toda la escena. El ejército de Marathia había logrado abrir los portones de la ciudad y estaban luchando por entrar en ella.

Una pequeña parte del ejército de Oiben se encontraba allí y plantaba cara como podía al ejército rival, pero se veían superados.

El ejército de Marathia era superior e iba avanzando lentamente hacia el interior de la ciudad: Oiben estaba a punto de ser invadido por sus eternos rivales.

Roth se lanzó al corazón de la batalla, dispuesto a pelear hasta la muerte para salvar el honor de su tierra natal.

Peleó durante una hora en el fragor de la batalla. El asedio duró poco más que un suspiro, como cuando una ballena engulle una pequeña barca en mitad del mar.

El ejército de Oiben, sorprendido y descompuesto, fue superado aquella noche. Roth comprendió que eran insuficientes ante a un enemigo de tal inmensidad ya que en el campo de batalla no estaba ni la mitad del ejército de Oiben.

Los invasores entraron a placer en el interior de Oiben, destrozándolo todo y matando a los civiles. Habían invadido la ciudad.

Los pocos soldados que habían sobrevivido fueron apresados y atados, entre ellos, Roth.

Roth no entendía nada. Se suponía que habían pactado una tregua y ninguno de los dos tenía interés en romperla ¿qué había pasado entonces?.

Entre tanto, los prisioneros fueron llevados ante el trono del rey de Oiben, al que también habían apresado.

La impotencia de Roth se convirtió en sorpresa cuando, junto al rey invasor, vio aparecer a Aris. Estaba intacto, sin ninguna herida y vestía con ropa del ejército. Iba completamente armado, pero en su pecho lucía los colores del ejército de Marathia.

Mientras avanzaba, Aris evitaba mirar a Roth. Su rostro era frío. No levantaba la mirada del suelo ni hacía ningún tipo de gesto.

Roth, de rodillas se meneó furioso.

—¡Tú! ¡Traidor de mierda! ¡Estoy seguro de que esto es culpa tuya!

El guardia que estaba más cerca golpeó a Roth, tirándole al suelo.

Hizo ademán de volverlo a golpear, pero Aris que estaba ya a su altura, se interpuso entre los dos.

—Déjalo, así atado ya no nos puede hacer nada.



El rostro imperturbable y serio de Aris debió de convencer al guardia quien obvió la existencia de Roth al instante.

De repente, el rey de Marathia soltó una sonora carcajada.

—A ver si lo adivino... creías que Aris iba a ser tu hermano para toda la vida ¿verdad? —dijo inclinándose sobre Roth con una sonrisa burlona.

Roth giró la cabeza hacia él sin comprender.

El rey adivinó sus pensamientos.

—Oh, así que no sabías nada. Parece que Aris hizo un buen trabajo en su misión

Se irguió y avanzó unos pasos.

Roth miró a Aris, atónito.

—¿Qué está diciendo este hombre, Aris?, ¿de qué habla?

Aris no contestó. Ni siquiera le miraba.

—Parece que no tiene muchas ganas de hablar. Yo te lo explicaré —Roth volvió a mirar al rey—. Aris sólo era el hijo de una familia de Marathia que elegimos. Su misión era infiltrarse en una familia de Oiben desde niño.

Roth bufó.

—¿Y qué es lo que pretendíais con eso?

El rey ensanchó su sonrisa ampliamente.

—Encontrar el punto débil de la ciudad para que nuestras tropas entraran con facilidad cuando estuvieseis con la guardia baja. Y así —chasqueó los dedos— os borraríamos del mapa. He de decir que el plan ha sido un éxito rotundo.

Acto seguido soltó otra sonora carcajada. Roth miraba a Aris sin comprender nada, parecía estar viendo a otra persona. Su hermano adoptivo era ahora un completo extraño para él.

—Llevadlos a las mazmorras —ordenó el rey de pronto.

Los guardias del rey cogieron a Roth y a los demás y los arrastraron siguiendo las órdenes.

Unas horas más tarde, Roth se encontraba sentado sobre el banco de piedra de su celda. Seguía con las muñecas esposadas a su espalda. La celda era pequeña, se limitaba a una ventana con barrotes y al banco. El suelo era puro barro.

Afuera solo había más celdas, colocadas a lo largo de un ancho pasillo. El interior de las celdas estaba repleto de miembros del ejército de Oiben. El estruendo de los lamentos y las quejas eran el sonido ambiental de aquel lugar miserable. Sintió una oleada de pánico. Sus padres también debían de haber sido asesinados. No habrían podido escapar del desastre de la noche anterior. Tenía que asumirlo.

Un sentimiento de rabia creció en su interior: Aris, todo había sido culpa suya. Si alguna vez tenía la oportunidad, juraba que lo mataría.

Observó el resto de las celdas. ¿Con qué propósito los habían encerrado allí? Tuvo un mal presentimiento, nada bueno iba a salir de aquello, estaba seguro.

Los días pasaron y nada sucedía. Roth perdió la noción del tiempo. El agotamiento y la debilidad se iban haciendo poco a poco presa de él, pues la comida que le daba su carcelero era insuficiente. Estaba claro que se la proporcionaban única y exclusivamente para mantenerlo vivo.

La noche se colaba entre los barrotes de la ventana. Roth estaba profundamente dormido. Un pequeño golpe lo despertó de pronto.

Alguien golpeaba los barrotes de su celda con nerviosismo. Roth abrió los ojos y miró hacia el pasillo para ver de quien se trataba. La visión le dejó helado: era Aris.

Se levantó bruscamente. Al tener las manos atadas, perdió el equilibrio y cayó al suelo de costado.



—¿Qué haces tú aquí? —le rugió

Aris miró nerviosamente a ambos lados y se llevó un dedo a los labios.

—Shiii, no grites. O nos descubrirán.

—¡Al cuerno si nos descubren!

Aris lo miró con gesto de preocupación. Tragó saliva.

—Vamos. He venido a sacarte de aquí

Roth enseñó los dientes y escupió.

—Antes muerto que ser salvado por ti.

Aris sacó una llave y abrió la puerta de la celda.

—No seas tonto, es la única oportunidad que tienes de vivir.

—¿Y por qué iba a creerte? Aquí no nos están haciendo ningún daño.

Aris abrió los ojos, incrédulo.

—¿Cómo? ¡Os van a ejecutar mañana por la mañana públicamente!

Roth lo miró con curiosidad. Así que para eso los tenían allí encerrados. Para formar parte de un espectáculo público. Ya entendía, los civiles no suponían ningún tipo de diversión para ellos. La diversión era ver cómo aniquilaban a los miembros del ejército.

Chasqueó la lengua, furioso.

—¿Y los civiles?, ¿qué han hecho con ellos? Están todos muertos ¿verdad?

Aris se mordió el labio y miró al suelo. No contestó.

—Incluidos nuestros padres, perdón, mis padres.

—Sí, los mataron a todos la noche de la batalla —respondió con voz lúgubre.

—Por tu culpa —apuntó Roth. La rabia estaba apoderándose de él— por tu puta traición.

Aris abrió la boca y miró a Roth a los ojos. Su mirada estaba llena de culpabilidad.

—No tuve elección...

De repente, unas pisadas se escucharon al fondo del pasillo. Aris miró en su dirección con nerviosismo.

—¡Viene alguien! ¡Ven conmigo, deprisa!

Roth se quedó inmóvil. Observó fijamente a su hermano con expresión fiera.

Se miraron a los ojos durante unos instantes que parecieron eternos. Entonces Roth dijo:

—Prefiero morir antes que ser salvado por ti. Vete por donde has venido.

Aris soltó una maldición y cerró de nuevo la celda con torpeza. Miró una última vez a Roth antes de salir corriendo.

A la mañana siguiente el sol despertó a Roth. Así que aquél iba a ser su último día de vida. ¿Cómo afrontaba alguien un día así?

Tardaron un tiempo que pareció eterno, pero al fin llegaron. Un grupo de guardias irrumpieron en el pasillo y comenzaron a sacarlos a todos de las celdas. Los demás presos comenzaron a quejarse y a preguntarse a donde los llevaban. Roth guardó silencio. No estaba de humor para relacionarse con nadie.

Caminaron lentamente, avanzando en fila hacia el exterior, custodiados por los guardias de Marathia.



Al salir al exterior, la luz del sol golpeó de lleno a Roth, cegándolo por unos minutos. Cuando por fin se hubo acostumbrado, vio que se encontraba en el estadio que el ejército de Oiben utilizaba para los espectáculos de lucha. Así que habían decidido utilizar ese lugar para su juego.

Roth paseó la mirada por todo el estadio. Todos los asientos estaban repletos. Nadie en el reino quería perderse aquel espectáculo.

Roth puso cara de desagrado. Sintió repugnancia por esa gente.

Fueron conducidos al centro del estadio. Allí, los guardias los hicieron detenerse. Uno a uno fueron quitándoles las esposas.

Cuando todos estuvieron libres, los guardias se apartaron hasta salir por una de las puertas del estadio. Entonces Roth lo vio: por otra de las puertas entraban caballeros armados de arriba abajo y por si fuera poco, lanzas, escudos y espadas los acompañaban.

Roth miró angustiado a sus compañeros: estaban todos desarmados y no podían ofrecer ningún tipo de batalla: estaban atrapados.

Aquello estaba preparado para convertirse en una carnicería a su costa.

El público aplaudió al tiempo que los caballeros se acercaban lentamente e iban rodeándolos. Eran tres veces más que los presos.

Distraídamente, Roth miró hacia uno de los asientos. Allí estaba el rey de Marathia sonriendo de forma triunfal.

Un cerco de caballeros iba cerniéndose sobre los presos.

Sintió una oleada de rabia. Si tenía que morir, al menos le habría gustado hacerlo luchando como un hombre, no encerrado como una rata. Maldijo al rey de Marathia por jugar de forma tan sucia con el honor de los miembros del ejército.

El cerco se cerraba lentamente y la tensión se podía palpar en el ambiente. Roth sabía que los caballeros se acercaban despacio sólo para hacerlos sufrir más, para alargar el juego y la diversión.

De pronto, una de las entradas al estadio se partió en trozos. De ella surgieron un grupo de unos veinte soldados armados. Éstos corrieron a voz de grito hacia el cerco compuesto por los caballeros.

Para sorpresa de Roth, el soldado que iba a la cabeza era Aris.

El grupo embistió a los caballeros. Al hacerles frente, éstos se olvidaron por completo de los presos y se inició una sangrienta batalla.

El caos reinó.

Roth y sus compañeros se apresuraron a tratar de protegerse y coger armas de los soldados caídos

Roth corrió como pudo para no ser herido en el combate. Miró a su alrededor, había hombres por todos lados. Ni siquiera sabía bien hacia dónde ir. De repente, una mano le tocó el hombro. Se giró: era Aris. Sus miradas se cruzaron por unos segundos.

—¡Toma! —le gritó por encima del ruido

Con desgana, Roth cogió la espada que Aris le ofrecía. Roth volvía a estar armado.

Ambos quedaron quietos, observándose en silencio.

—No esperes que vaya a perdonarte por esto —le espetó Roth y, sin previo aviso, lanzó una estocada hacia Aris que este bloqueó sin dificultad.

Ambos hermanos se colocaron uno frente al otro amenazándose con las espadas.

—Al fin te tengo. Vas a pagar por todo lo que has hecho.

Aris trató de mantener una actitud conciliadora.

—¡He venido a salvarte! —gritaba mientras esquivaba las estocadas de su hermano

—¿Salvarme? No te habría hecho falta si no nos hubieras traicionado

Sus espadas chocaron.

—¡No tuve otro remedio! —se excusó mientras empujaba a Roth hacia atrás.

La poca alimentación de Roth en los últimos días comenzaba a hacerle estragos ahora.

—Fui un estúpido. Mi familia me eligió para hacer de espía y yo acepté.

Roth jadeó de forma sonora.

Aris bajó la espada.

—Yo era solo un niño. Y creí que si cumplía esta misión sería considerado un héroe para mi pueblo y mi familia.

—¿Y es que acaso no lo fuiste?, ¿qué pasó?, ¿no te adoraron lo suficiente a tu regreso? —se burló Roth

Lanzó un grito y le lanzó una estocada, desesperado. Pero sus fuerzas estaban ya casi acabadas y el golpe fue muy débil. Aris no se molestó ni en bloquearlo, le bastó con dar un paso atrás.

—Lo que pasó es que comprendí que un pueblo y una familia que me exponen de esa forma a ese peligro no son una verdadera familia. No profesaban verdadero amor por mí. Simplemente era una herramienta. Fui una herramienta para mi propia familia, sólo para conseguir subir de categoría

Aris se acercó a Roth y le puso la mano en el hombro.

—Me di cuenta de eso cuando viví con vosotros. Cuando regresé a Marathia, vi que no me veían como a su hijo y entonces comprendí que mi verdadera familia erais vosotros, ya que siempre me tratasteis como un miembro más sin saber nada de mí, sin esperar nada de mí, simplemente porque me queráis.

Roth desvió la mirada, molesto.

—¿No lo entiendes? ¡Para cuando me di cuenta de eso ya era demasiado tarde! había vuelto a Marathia y había informado de cómo atacaros... y ya no pude evitarlo.

—Podías haber vuelto a Oiben y avisarnos —objetó Roth.

Aris negó con la cabeza.

—Una vez que alguien entra en Marathia no puede salir sin dar explicaciones. Y mi partida habría levantando muchas sospechas. Me habrían alcanzado antes de llegar aquí.

Roth bajó la mirada. Como no dijo nada, Aris añadió:

—Pero por lo menos he podido salvarte. El ejército que estás viendo ahora son un grupo de soldados a los que ayudé a escapar el día que os asaltamos, con la idea de usarlo para salvaros antes de que os ejecutaran.

Esta vez Roth miró a Aris a los ojos. Su mirada era fría.

—Mis padres murieron

Aris se mordió el labio inferior.

—Intenté disuadir al rey... Intenté que perdonase a los civiles, pero no me escuchó... Su sed de sangre era demasiado grande.

—Ya nada va a volver a ser como antes —murmuró Roth.

Y entonces Roth lanzó un tajo a Aris. Esa vez sí que consiguió acertarle. La espada le cortó en diagonal, desde la pierna izquierda hasta el costado derecho.

Un reguero de sangre surgió de la herida. Aris soltó un grito y cayó de rodillas. Roth levantó la espada y la apuntó al corazón de Aris. Éste levantó la mirada hacia Roth.

—Mátame. Me lo merezco. Lo sé.

Roth lo miró fijamente, sin decir nada.

La mirada de Aris era seria, serena, aceptando su destino. Roth en cambio,

se mostraba frío y calculador. Su rostro no reflejaba ningún tipo de emoción.

Se preparó para asestar el golpe... y clavó la espada en el suelo.

Aris abrió los ojos, sorprendido.

—¿No vas...? —balbuceó sin comprender

Roth miró al suelo y negó lentamente con la cabeza.

—Maldita sea, no soy capaz de matarte. Pero debería hacerlo por el honor de mi reino y mis padres.

Aris se levantó con dificultad, colocándose una mano en la herida del vientre.

—No puedo devolverte eso. Pero puedo ayudarte a formar una nueva familia.

Roth levantó la cabeza bruscamente y lo fulminó con la mirada.

—No quiero volver a verte jamás. No quiero que te acerques a mí.

De repente, uno de los presos apareció al lado de Roth. Iba desarmado. Se movió con agilidad. Se agachó sobre la espada clavada en el suelo. La sacó y apuntó hacia Aris. Se detuvo unos segundos y miró a Roth.

—Sé que no eres capaz de hacerlo, pero alguien debe de hacerlo. No te preocupes, yo lo haré por ti.

Y sin añadir nada más, lanzó un rápido tajo al corazón de Aris, atravesándolo. El soldado sacó la espada y se la volvió a tender a Roth.

—Por el honor de Oiben —murmuró antes de escabullirse entre la multitud de nuevo.

Ésta vez Aris cayó al suelo mientras escupía sangre.

Roth estaba sorprendido. No sabía cómo sentirse. Aris, su único hermano, se estaba muriendo. Pero seguía furioso con él por haber sido el causante de la muerte de su familia y la destrucción de su reino.

Se arrodilló junto a él.

—No puedo decir que lo sienta aunque me gustaría sentirlo.

Aris lo miró mientras luchaba por respirar. Sonrió.

—No te preocupes... es lógico.....este es mi destino... lo merezco...

Roth lo observó con atención.

—En realidad. Tú solo fuiste una víctima. Una víctima de tu ego y el ego de tu familia.

Aris temblaba de arriba a abajo. Su piel se estaba volviendo blanca y a su alrededor se iba extendido un charco gigantesco de sangre.

—Nunca pensé que esto acabaría así —murmuró Roth.

Aris sonrió débilmente, y de repente su cuerpo quedó inmóvil y los ojos abiertos, sin vida.

Roth, con el rostro frío e imperturbable, los cerró y se levantó.

Irguió la espada y volvió a unirse a la batalla.

Varias horas después la contienda había terminado. Acabaron uniéndose a ella el resto del ejército de Marathia. Habían quedado pocos supervivientes en ambos ejércitos. En cuanto a los civiles, también habían sido asesinados, ya que muchos soldados subieron a los asientos y organizaron una masacre. El rey de Marathia también murió sin casi oponer resistencia, pues su guardia había sido superada ampliamente.

Los supervivientes se reunieron y decidieron unificar los reinos. Siendo únicamente el reino de Arthen. Marathia y Oiben desaparecieron. Roth fue coronado como nuevo rey de Arthen porque era uno de los soldados más veteranos que habían sobrevivido y contaba con el apoyo de los demás porque había estado directamente implicado en la guerra que había estado a punto de destruir ambos reinos. Nadie mejor que él conocía el remedio para que la paz fuese, esta vez sí, para siempre.

Llego tarde

Julia Navas

Una vez más, llego tarde. Es mí sino: hacer esperar a todo el mundo. Siempre, desde el día que nací, que llegué con un mes de retraso y tuvieron que provocar el parto porque yo no parecía tener intenciones de asomarme a pesar de la expectación de toda la familia. De pequeña, era la última en entrar a la escuela. Y siempre después del aviso de la sirena, con el consiguiente castigo y reprimenda. Al final me dejaron por imposible y mis tardanzas formaron parte de la rutina escolar. Si algún día entraba con el pelotón bullicioso de mis compañeras, la profesora se bajaba los lentes y me miraba como si yo fuese una aparición. Cuando llegó la época de apurar la calle y divertirme, mis amigas me citaban media hora antes con la esperanza de que apareciera a la hora acordada por el resto. Nunca fui la primera... Muchas de mis citas con “novietes” acaban en discusiones porque siempre los encontraba bufando e irritados. Uno de los que se resignó y demostró tener más paciencia que el santo Job fue mi exmarido. Por supuesto, el día de mi boda llegué más tarde de lo habitualmente tarde. Tanto que casi tuvimos que aplazar la ceremonia, ya que el tiempo asignado a nuestro enlace se acabó y había que dar paso a otros novios que se sumaron al nerviosismo de mis invitados. Mi matrimonio fracasó por otras causas pero él nunca ha dejado de restregarme que su actual compañera es una chica “superpuntual”.

Hoy me ha invitado un amigo a su casa. Es una fiesta de celebración. Pasó una mala racha y estuvo ingresado en una unidad psiquiátrica por una depresión profunda, aunque lo que se comenta es que, en realidad, fue un brote psicótico. Nunca he hecho caso a las habladurías. Paco me parecía un chico estupendo y todos hemos pasado malos momentos en nuestras vidas.

¡Uf! Es tardísimo... Bueno, como ya me conocen, sabrán que no me importa que empiecen sin mí. Siempre me guardan un trozo de tarta que hoy será de





calabaza, ya que es la noche de Halloween, que hay que ponerse a día porque, reconozcámoslo, eso de la fiesta de “Todoslosantos” suena lúgubre de verdad y hasta un poco rancio. La consigna era ir vestidos de zombies, brujas, diablos y todos los iconos posibles hollywoodienses del horror. Yo me he enfundado un vestido negro de terciopelo que tenía por ahí y un gorro de hechicera que ha hecho las delicias del taxista, que no me quitaba ojo por el retrovisor. Al final el taxi me ha dejado una calle antes porque la zona estaba llena de coches de policía y he tenido que ir a pie unos metros con la pinta que llevo. El edificio está acordonado y una multitud de curiosos se agolpan frente a las caras circunspectas de los agentes. Me quito el gorro para poder agacharme y sortear la cinta.

—Señorita, no puede pasar —me suelta un jovencito uniformado.

—Verá —le digo escoba en mano—. Llego tarde a una fiesta.—Si había una fiesta, ya se habrá acabado —suspiró—. Coja su escoba y lárguese.

Levanto la mirada hacia la fachada y veo las ventanas del segundo iluminadas. A través de las cortinas se vislumbran las siluetas de gente ocupando todas las habitaciones.

—¡Mire! — señalo—. Es ahí y...me están esperando.

El hombre se gira y mira hacia donde apunta mi dedo índice.

—Espere... —me dice muy serio, dirigiéndose a continuación hacia la puerta donde había otros agentes. No sé lo que les dirá, pero todos se giran y me observan de un modo que no me gusta nada. “Será la pinta que llevo...” —me digo resignada.

Uno de ellos, el que parece el jefe, me hace un gesto con la mano indicándome que me acerque. Carraspea.

—¿Conocía usted al inquilino del segundo izquierda?

—¡Sí! Celebra una fiesta de... Halloween y yo estoy invitada. Era a las nueve y... imiré qué hora es!

—Las diez... Afortunadamente llega usted tarde.

—Sí, verá, yo siempre... —me paré a pensar una milésima de segundo—.

¿Afortunadamente?

—Sí, afortunadamente, porque si hubiese llegado puntual usted ahora no estaría hablando conmigo.

—No entiendo...

—Hace media hora recibimos una llamada de un hombre diciendo que se iba a pegar un tiro en la boca pero que antes había envenenado a sus invitados. Nos dio esta dirección...

—¡Noooo! —grité—. Seguro que es una broma, ¿verdad?

—Me gustaría que lo fuese, pero no. Hemos encontrado muertas a más de quince personas. El veneno ha sido tan rápido que llevan tiesos, perdón... han fallecido hace más de una hora. Sus caras mostraban un rictus de dolor indescribible. Y disfrazados como iban... Todavía no me he repuesto del susto. Parece que han sufrido mucho en su agonía

La escoba cayó a mis pies y mis piernas comenzaron a temblar de tal manera que el policía me agarró antes de que me desplomase.

—Su tardanza, señorita, le ha salvado la vida.



Cartas

Margarita P. Drayes

Ya no me escribes cartas. Ya no acudo al buzón con la esperanza de encontrar una misiva y leer el remitente con sorpresa. Aquella sensación al romper el sobre y extraer las páginas en las que me relatabas tu vida cotidiana, tus viajes, tus alegrías o tus penas. Tocar el grueso papel y ver las palabras garabateadas con esa letra inconfundible que solo podía ser tuya. A veces, también llevaban algún dibujo trazado con unas pocas líneas que habías plasmado en alguna esquina, quizás mientras pensabas qué me ibas a contar. En otras ocasiones, las acompañabas con alguna fotografía o una pequeña postal comprada por el camino.

Aquellas cartas que leía con ganas, sentada en el sofá, poniendo imágenes en mi mente de los hechos contados, imaginando las caras de las personas que mencionabas, viéndote en las situaciones descritas. Misivas que me llevaban a otro lugar, que me transportaban a tu lado aunque estuvieras lejos, que alegraban mis tardes aburridas y vulgares trayéndome un trozo de tu vida.

Pero todo aquello se acabó. Ya hace tiempo que no miro el buzón porque sé que no encontraré nada en él. Ya no me escribes ninguna carta. Ahora solo tengo un pájaro cantando en el bolsillo del pantalón avisándome de que he recibido un *whatsapp*.



Días de humo

Covi Sánchez

Recuerdo aquella noche... Estaba sentado en una esquina al fondo de la cafetería, sumido en mis pensamientos, sin prestar atención al entorno. No te vi entrar, pero levanté la vista justo cuando tú te acercabas a la barra a pedir una cerveza. No pude dejar de mirarte. Estabas sonriendo al chico que te atendía, mientras éste te gastaba una broma, y tus ojos se iluminaron al sonreír. Te acercaste a darme las gracias cuando te invité y, observar tu sonrisa dirigida a mí, es una imagen que continua clavada en mi mente.

Han pasado muchos años. Años que compartimos juntos, al calor de la lumbre, en la cabaña de la playa, y siempre riendo, charlando y compartiendo nuestra mutua devoción: el tabaco. Yo con mi pipa tradicional en forma de huevo, tú con tu cigarrillo entre los dedos y esa forma que tenías, tan elegante, de llevarlo a tus labios.

Es curioso, a la vez que nos fueron prohibiendo fumar en los momentos de ocio, de alegría, en el trabajo, así se iban apagando nuestros días de felicidad. Ayer pensaba en ti, en el aroma a cereza y...

Por eso hoy que tu vida se ha apagado definitivamente, he guardado mi pipa, esa que me habías regalado y que me recuerda constantemente a ti.

¡Cuánto añoro esos días de humo y felicidad!



Los extraños amigos de Jack

Hipólito Sánchez

Tras la muerte de su padre en un accidente de tráfico, Jack y su madre decidieron irse a vivir con sus abuelos a la localidad inglesa de Pensford, al sur de Bristol. El traslado de una gran ciudad como Londres a un pequeño pueblo de no más de mil habitantes supuso un cambio importante en la vida del muchacho, aunque aún asumible debido a su corta edad. Con doce años, a Jack le quedaba un mundo por descubrir, algunas sorpresas y muchas, muchas aventuras por vivir...

La madre de Jack decidió irse en verano al pueblo donde había pasado su niñez para que el niño se adaptara antes de su primer curso en el instituto, y también para alejarse de los recuerdos de su marido en el piso de Londres. Mentalmente lo necesitaba, pero Jack, que estuvo muy unido a su padre, de alguna manera necesitaba también cambiar de aires. Todos los días la abuela del chico le preparaba unos huevos fritos con "bacon", un tazón de cereales y un buen zumo de naranja recién exprimido. La cocina de esa casa estaba en marcha desde las cinco y media de la mañana. El humo de la chimenea denotaba que ya había alguien en pie. Mientras el abuelo de Jack se levantaba temprano para cortar leña y calentar la casa, la abuela empezaba a preparar el desayuno y la colada. Pese a estar en 1998, todas las casas de la localidad estaban construidas por el mismo patrón: piedra y madera. «¡Ya puedes prepararte para ir al instituto, Jack! Tienes que acostarte más temprano por las noches». Katherine, la madre, intentaba tener la mente ocupada para no venirse abajo. Los antidepresivos eran su otro pilar al que agarrarse para poder sobrellevar la ausencia de su marido en el día a día.

Como todos los británicos, la familia de Jack cenaba entre las cinco y las seis de la tarde, para antes de irse a dormir, tomarse un buen té caliente.



Cuando todos estaban ya en la cama, a eso de las nueve de la noche, a Jack le gustaba leer un libro de cuentos que le había regalado su padre poco antes de morir. En él se trataban diversas leyendas y cuentos relacionados con la mitología del Norte de Europa. Jack se quedaba dormido noche tras noche con el libro entre sus manos, mientras la luz de la luna, con el cielo cubierto de nubes, iluminaba la habitación del niño con un claroscuro misterioso pero a su vez protector.

El primer día de instituto fue algo novedoso en la vida de Jack. Tras dos meses en la casa de sus abuelos, Katherine y su hijo ya se habían adaptado a su nueva vida.

—Ya tienes los cereales encima de la mesa. Se te va a quedar la leche fría, Jack —gritaba la abuela a su nieto dando gracias a Dios cada día por tenerlo a su lado.

—Y tú, Katherine, ¿vas a ir hoy a esa entrevista de trabajo que me comentaste? —preguntaba también la abuela intentando controlar la situación.

Delgada y ojerosa, la hija se tomaba su tazón de leche sin más, mientras su mirada se dirigía a su ya única razón de ser.

—Eres un desastre vistiéndote, hijo. Anda, ven aquí que te peine un poco.

Jack tenía el pelo castaño y usaba gafas de pasta desde pequeño. De estatura media para su edad, era más bien delgado.

—¿Quieres que te acompañe al instituto en tu primer día? —la pregunta de Katherine incomodaba al nuevo alumno.

—¡Mamá, hemos recorrido el trayecto desde la casa de los abuelos al instituto más de diez veces!

—Bueno, no te enfades conmigo. Solo quiero ayudarte —le decía Katherine mientras besaba en la frente a su hijo.

Con la mochila en la espalda y bien abrigado, Jack dio un beso a su madre y sus abuelos y emprendió la que sería en el futuro su rutina diaria a través de las calles principales del pueblo; aunque también había otro recorrido más corto cerca del cementerio

—¡Hola, yo me llamo Maggy!, ¿y tú? —le preguntó una niña de unos doce años que se unió al despistado de Jack. Tras presentarse, continuaron caminando hasta llegar a las cercanías del instituto. La niña era rubia, de pelo rizado, y tenía una bonita sonrisa. Parecía estar siempre alegre y contenta.

— ¡Ah, mira, allí está Lillian! —le señalaba al novato de Jack.

—¿Qué tal, chicos? —les dijo un chico alto y espigado mientras se acercaba a los dos.

Parecía que el primer día de instituto iba a ser especial en la vida del muchacho, dejándole un gran recuerdo. No se había equivocado, pues cuando iban acercándose a la entrada del centro, la mirada de cuatro alumnos se clavó literalmente en los ojos de Jack.

—¿Quiénes son esos, Maggy? —preguntaba Jack a la que había sido su cicerone.

—No les hagas caso y mantente alejado de ellos. No tienen buena fama en el instituto y pertenecen a segundo curso. Algunos como el líder, Jerome, tienen más edad que los de cuarto curso, pero como han repetido varias veces, les superan en años y en tamaño.

Jack entró con sus dos nuevos amigos al instituto, dándose la casualidad de que los tres iban a la misma clase.



Las primeras semanas transcurrieron con relativa normalidad. Jack fue testigo de las novatadas y el acoso al que sometían a los alumnos del instituto los cuatro integrantes de ese grupo tan “peculiar”, pero nunca decía nada y siempre intentaba mantenerse alejado de ellos. Meter la cabeza de un compañero debajo de una fuente, con lo fría que estaba el agua en esa época del año, pedirles el dinero del desayuno, empujar y dar alguna que otra paliza, eran algunas de las tarjetas de presentación que dejaban aquellos cuatro chicos...

Un frío mediodía del mes de octubre, Jack regresaba a casa de sus abuelos por el atajo que debía cruzar el cementerio de la localidad. Quedaban pocas horas de luz, pues ya estaban en otoño, pero además, el cielo estaba totalmente oscuro, presagiándose una gran tormenta. Mirando a los lados y siempre ojo avizor, el bueno de Jack pasó al lado del camposanto, lleno de decenas de lápidas enmohecidas y cruces oxidadas debido a la humedad. Un manto de hojas cubría el cementerio, en el que se podía divisar alguna que otra cripta... A Jack le extrañó ver un hombre de unos sesenta años apoyado en una de las lápidas. De altura normal y extrema delgadez, el hombre, que vestía de negro completamente y llevaba un sombrero tipo bombín, clavó su mirada en la del chico.

—¡Hola, Jack! ¿Qué te trae por aquí, muchacho?

Al muchacho le atrajo la amabilidad y la cercanía con la que se había mostrado el anciano.

—¿Cómo sabe mi nombre, caballero? —preguntó Jack, acercándose al misterioso hombre.

—Yo lo sé todo de los vivos y de los que están aquí enterrados —le respondió el anciano, sonriendo.

Enseguida Jack empezó a pensar que podía tratarse del enterrador o de alguien que trabajaba habitualmente en el cementerio.

Todos los días, al finalizar las clases, Jack se pasaba por el camposanto para charlar un rato con su nuevo “amigo”. Los dos se pasaban un par de horas comentando plácidamente temas de la rutina diaria, totalmente banales, pero que le hacían sentir bien al muchacho. Una tarde cualquiera de ese mes de octubre, como de costumbre, Jack fue al cementerio para charlar con su amigo, el cual le había comentado días atrás que se llamaba señor Fowler. Allí, el anciano le presentó

a Jack otros tres amigos: la señora Madison, vestida con un traje antiguo y una sombrilla para que no la molestara el sol (a Jack le hacía gracia porque el cielo estaba cubierto de nubes la mayor parte del tiempo); Cormac el irlandés, el cual no soltaba su pipa de fumar ni para hablar; y el señor Harry, elegantemente vestido. Jack y sus cuatro amigos empezaron a verse todas las tardes, unas veces para charlar y otras para jugar a las cartas. A Jack le relajaba estar con ellos y no les intuía maldad alguna. Todos, ya mayores, reían sin parar y cuidaban del muchacho con aprecio y cariño. Jack quiso hacer



partícipes a Maggy y Lillian de sus nuevas amistades, y aunque al principio sus dos compañeros de clase eran reacios a acompañar a su amigo al cementerio, con el paso de los días se fue formando una gran familia entre ellos, y las risas y el buen ambiente fueron las notas predominantes entre los allí presentes.

Las gamberradas del grupo de los cuatro alumnos del instituto no cesaban y nadie ponía coto a ellas, unos por miedo y otros para no meterse en líos. Un martes de finales de octubre, a cuatro días de la noche de *Halloween* y con una gran tormenta sobre las cabezas de los habitantes de Pensford, el pueblo despertó con una triste noticia que Jack descubriría con el paso de las horas...

ante la lluvia que caía. Observando cómo se levantaban los cierres de las tiendas de alimentación y los coches empezaban a ocupar las calles, a Jack le extrañó no encontrarse, como era habitual en ellos, a sus amigos y compañeros de clase Maggy y Lillian. A medida que iba acercándose al instituto, pudo darse cuenta de que la entrada principal estaba llena de padres de alumnos. Jack pensó que se estaban guareciendo de la lluvia, pero nada más lejos de la realidad. Al atravesar el

umbral de la puerta del centro educativo vio numerosas caras desencajadas y llenas de lágrimas. Dirigiéndose a un compañero, aún con los cristales de sus gafas empañados por la lluvia, no pudo más que abrir la boca ante la noticia que le daba otro alumno:

—¿No te has enterado? — le preguntó su compañero de clase.

—¿De qué tengo que haberme enterado?

—¡Han encontrado muerta

a Maggy, y Lillian está en coma en el hospital!

En esos momentos Jack se quedó totalmente blanco de estupor, y un dolor nunca experimentado antes se adueñó de su pequeño cuerpo. Necesitaba tomar aire y, aunque el cielo lloraba sin parar en forma de lluvia, salió del instituto para respirar mejor. Al cruzar de nuevo la puerta del centro educativo, Jack detuvo su mirada en la de los cuatro gamberros del centro. Jerome, el líder, lanzó una mueca sonriente al pobre muchacho mientras que sus otros tres amigos empezaban a reír sin parar. Jack se dio cuenta de que aquellos cuatro estaban involucrados en la tragedia. El muchacho empezó a correr dejando su mochila atrás, huyendo de todo lo que le rodeaba. Presa del pánico por haber descubierto la causa de la muerte de su amiga y que Lillian estuviese en coma, Jack corrió sin parar y sin rumbo fijo intentando huir de la realidad. El rostro de Maggy se le aparecía una y otra vez en su cabeza, persiguiéndole a todas partes.

Ese día llegó tarde a casa. Ni siquiera pasó por el cementerio a ver a sus amigos. Su madre y sus abuelos intentaron consolarlo. Jack no paraba de llorar y pidió irse a su habitación para estar solo. No paraba de llover y el agua golpeaba una y otra vez en forma de tintineo la ventana del muchacho. Con la cara tapada por la almohada de su cama, Jack se pasó varias horas llorando hasta que las fuerzas le abandonaron y se rindió al sueño. Katherine, la madre, subió las escaleras hasta la habitación de su hijo para abrigarle. Ella más que nadie sabía lo que suponía una pérdida importante en la vida de una persona y esa noche pudo darse cuenta de lo que había significado Maggy en la vida de Jack.

Tras un día y medio sin salir de casa, Jack quiso asistir con su madre y sus abuelos a dar el último adiós a su amiga. En la tarde del jueves, el ayuntamiento de la localidad decidió dar sepelio al cuerpo de la pequeña Maggy, después de hacerle la autopsia la policía y tras ponerse de acuerdo con la familia de la niña. Al cementerio del pequeño pueblo asistieron gran parte de los habitantes de Pensford, además de decenas de personas de los alrededores. Las personas allí reunidas no paraban de llorar ante la corta edad de la persona a la que se iba a enterrar. Jack, que tenía su mano cogida por la de su madre, pese a tener la cara llena de lágrimas, divisó a lo lejos a sus cuatro amigos del cementerio. El señor Fowler;

el señor Madison, que no paraba de llorar; Cormac y el señor Harry le saludaron de lejos con los rostros entristecidos.

—¡Mira, mamá, allí están mis amigos del cementerio! —le decía Jack a su madre, señalando con el dedo el horizonte.

—Pues no los veo, hijo. Hay demasiada gente.

Tras depositar una flor sobre el ataúd de Maggy, Katherine y su hijo empezaron a abandonar el lugar, no sin antes dar el pésame a los familiares y allegados de Maggy. Mientras la madre de Jack y sus abuelos intentaban consolar a los seres queridos de la niña, Jerome, el líder de la banda, y sus secuaces se arrimaron al bueno de Jack y, acercándose al oído, Jerome, como si del mismo diablo se tratase, le dijo a Jack en voz baja:

—Cuando empujé a Maggy y al flacucho de tu amigo por una ladera, me di cuenta del poder que tengo. Puedo decidir sobre la vida de las personas a mi antojo.

Las palabras del líder de la banda fueron como un dardo directo al corazón de Jack. En ese instante, el muchacho se dio cuenta de la maldad que atesoraba el malévolo de Jerome. Los otros tres compinches del líder del grupo eran más que pobres, desgraciados a ojos de Jack, pues eran utilizados por el sádico y sanguinario líder. Katherine entonces empezó a notar extraño a su hijo. Más que triste, le notaba pensativo.

Al día siguiente, viernes y víspera de *Halloween*, todos los alumnos fueron a clase e intentaron retomar su vida diaria, incluido Jack. En clase de Ciencias Naturales, en pleno laboratorio, el profesor mandó sacar unos apuntes a sus alumnos y Jerome, que iba a la misma clase que Jack, al intentar sacar su cuaderno, se encontró con una desagradable sorpresa: ¡una serpiente muerta! Las risas y carcajadas de los allí presentes se extendieron por todo el instituto. La mirada de Jerome en el laboratorio se clavó en la de Jack, el cual soltó una sonrisa. Ese día el protagonista de nuestra historia tuvo suerte, porque su madre acudió a buscarle al colegio. Primero, porque era víspera de fin de semana, y segundo, porque esos días, al estar Jack decaído, necesitaba apoyo y cariño por parte de su familia. Katherine se fue con su hijo a casa mientras Jerome se carcomía por dentro. Al día siguiente, sábado, ya por la tarde, la abuela de Jack le mandó ir a por un poco de jengibre a la tienda de ultramarinos. Tras salir de la tienda y con lo pedido por la abuela en sus manos, se encontró con la desagradable sorpresa de encontrar esperándole a Jerome y sus secuaces... Sin pensárselo dos veces, Jack empezó a correr, sabedor de que posiblemente le iba la vida en juego. Como si de coyotes se tratara, sus perseguidores se esmeraron en darle caza. Llevándose las manos a las rodillas y totalmente roto de cansancio, Jack esperó su suerte dentro del mismísimo cementerio. Rodeado de lápidas y tumbas, alguna fresca como la de Maggy, el chico fue rodeado presagiando un final terrible. A falta de pocas horas para *Halloween*, ese sábado 31 de octubre había sido un día soleado. Pero en esos instantes el cielo empezó a ponerse oscuro y una descarga de truenos y rayos empezó a rugir como si el cielo se fuera a resquebrajar.

Al día siguiente, viernes y víspera de *Halloween*, todos los alumnos fueron a clase e intentaron retomar su vida diaria, incluido Jack. En clase de Ciencias Naturales, en pleno laboratorio, el profesor mandó sacar unos apuntes a sus alumnos y Jerome, que iba a la misma clase que Jack, al intentar sacar su cuaderno, se encontró con una desagradable sorpresa: ¡una serpiente muerta! Las risas y carcajadas de los allí presentes se extendieron por todo el instituto. La mirada de Jerome en el laboratorio se clavó en la de Jack, el cual soltó una sonrisa. Ese día el protagonista de nuestra historia tuvo suerte, porque su madre acudió a buscarle al colegio. Primero, porque era víspera de fin de semana, y segundo, porque esos días, al estar Jack decaído, necesitaba apoyo y cariño por parte de su familia. Katherine se fue con su hijo a casa mientras Jerome se carcomía por dentro. Al día siguiente, sábado, ya por la tarde, la abuela de Jack le mandó ir a por un poco de jengibre a la tienda de ultramarinos. Tras salir de la tienda y con lo pedido por la abuela en sus manos, se encontró con la desagradable sorpresa de encontrar esperándole a Jerome y sus secuaces... Sin pensárselo dos veces, Jack empezó a correr, sabedor de que posiblemente le iba la vida en juego. Como si de coyotes se tratara, sus perseguidores se esmeraron en darle caza. Llevándose las manos a las rodillas y totalmente roto de cansancio, Jack esperó su suerte dentro del mismísimo cementerio. Rodeado de lápidas y tumbas, alguna fresca como la de Maggy, el chico fue rodeado presagiando un final terrible. A falta de pocas horas para *Halloween*, ese sábado 31 de octubre había sido un día soleado. Pero en esos instantes el cielo empezó a ponerse oscuro y una descarga de truenos y rayos empezó a rugir como si el cielo se fuera a resquebrajar.

—Desde su metro ochenta de estatura y gran musculatura, Jerome vio en Jack una presa fácil de atrapar.

—Por fin te he cazado, enano. Tendrás el mismo trágico final que tus amigos



y todos pensarán que te has caído como ellos.

Cerrando su círculo mortal alrededor del chico, los cuatro miembros de la banda, se dispusieron a coger al muchacho para cumplir su amenaza. Jack esperó su muerte previamente anunciada, pero de pronto, en medio de la fuerte tormenta de descargas eléctricas, asomaron cuatro enormes bestias de grandes colmillos como si de lobos se tratase. Cada animal medía dos metros de largo y la cabeza equivalía en tamaño a tres humanas. Los colmillos parecían cuchillas y sus garras eran capaces de partir una persona en dos. Al cambiarse las tornas, los cuatro lobos empezaron a rodear a sus presas entre gruñidos y rugidos. Jack, paralizado de miedo, asistía incrédulo y lleno de pánico a la carnicería que iba a suceder. Los tres compañeros de Jerome fueron salvajemente mutilados. Sus cabezas y miembros quedaron esparcidos por los alrededores. Jerome, presa del pánico, empezó a pedir auxilio y a rogar que le dejaran en paz. Pero sus gritos fueron ahogados por el ruido de la tormenta. Los cuatro lobos empezaron a rodearle y, antes de atacar al desgraciado joven, sus miradas se clavaron en la de Jack. A Jack le sonaban esos enormes ojos, y como por instinto, movió su cabeza de un lado a otro, ordenando a las cuatro enormes bestias que cesaran en su empeño de matar a Jerome. Alejándose entre gruñidos pero acatando la orden sin pestañear, los cuatro lobos desaparecieron entre las lápidas del cementerio, dejando a Jerome con los pantalones meados y a Jack con la experiencia más

grande jamás vivida.

Al cabo de unos días, Jack se enteró de que Jerome había sido ingresado en un psiquiátrico. Nadie le creyó la historia que contaba una y otra vez. Nada más se supo de sus acompañantes ni se encontró resto alguno. Al cabo de unas semanas sin pasar por el cementerio y sin ver a los cuatro ancianos, Jack se dispuso a pasear una tranquila tarde de diciembre por el entrañable camposanto. Las lágrimas le brotaron de los ojos al ver a sus cuatro amigos, a su padre y a Maggy de la mano de la señora Maddison diciéndole adiós con las manos. Jack jamás volvió a saber de aquellos ancianos ni de su amiga...

—¡Despierta, Jack! Siempre estás leyendo historias de terror y misterio, hijo — le dijo Katherine a su hijo mientras le cerraba la última página del libro de cuentos y leyendas que su padre le había regalado momentos antes de morir. Cerrando las tapas del libro, Jack se dio cuenta de que la última página coincidía con lo que él había soñado...

—¡Vamos, Jack, que se te enfría el desayuno! —le gritaba la abuela en su primer día de instituto.

—¡Vas a llegar tarde, hijo! —le apremiaba la madre mientras le peinaba y le colocaba bien la ropa.

—Con la mochila en la espalda y tras recibir un beso en la frente, Jack emprendió el camino que días antes había recorrido varias veces con su madre. Aún pensativo con el último cuento del libro que había leído, al doblar una esquina escuchó una voz familiar:

—¡Hola, yo me llamo Maggy!, ¿y tú?

THE END

MICRORRELATO

Limpiemos

Julia Navas

Limpiemos las esquinas de polvo seco, incrustado; abandonadas por la rapidez de nuestros actos cotidianos. Dejemos que el aire nuevo inunde la habitación asfixiada por la respiración ahogada, entrecortada que produce el dolor.... Sacudamos las sábanas arrugadas, impregnadas con el rancio olor de la rutina. Mejor aún, extendamos sobre el lecho retales de lino fresco con aroma de lavanda, de deseo y de sueños inventados a nuestro antojo. Fuera tristeza; fuera sarcasmo envenenado. Adiós al miedo a oír tu propia voz con el volumen más alto.

Si amaste y no te entendieron, no importa. Amaste. Has nadado de nuevo entre olas de sal y con el escozor de las heridas percibiste que estabas viva... aún.



Los microrrelatos: **La noche perfecta**, **Sueño y Lobo** resultaron ganadores, mediante el voto popular, del primero, segundo y tercer lugar respectivamente en el “Concurso Halloween de microrrelato 2014” de la AEN. Un diploma y un vale descuento del 20% en un curso, valoración o corrección de texto fueron los premios.

Una vez más, ¡felicidades para los autores!



La noche perfecta

Ricardo Zamorano Valverde

La bolsa pesaba, pero al chico no le importaba. ¡Era Halloween! Y como cada año, la noche más divertida para él. Hacía frío, y él, con su máscara de rasgos retorcidos como disfraz, tiritaba bajo el abrigo rojo. Sin embargo, tiritaba por los nervios.

Sus ojos divisaron la Mansión, negra y terrorífica, aquella de la que se decía que vivía una bruja que, como no, se comía a los niños. Pero él solo había visto a una joven entrar y salir todos los días.

Llamó al timbre, y al rato se abrió la puerta. El rostro de una mujer mayor le sorprendió. Abrió la bolsa al tiempo que decía «Truco o Trato», y la volvió a cerrar cuando la bruja le dijo que había olvidado preparar los caramelos. Luego, la bruja posó una mano en su hombro y le obligó a entrar. «Hace mucho frío», le dijo. ¿Sería una bruja de verdad? ¡Chorradas!



Cuando se quedó solo, introdujo la mano en la bolsa y sacó el cuchillo.

Era la hora de calmar sus prematuras ansias de matar. ¡Era Halloween! Y como cada año, la noche más divertida para él. La noche perfecta en la que cualquier cosa extraña podía pasar.

Sueño

Cristina Argibay Oujo



No. No puedo. Quiero. No quiero. No puedo. Respira. La oscuridad lo inunda todo. El aire no me deja respirar. Abro la boca buscando el poco oxígeno que me mantiene viva y mareada. Por favor, suplico. Mis manos agarrando mi cuello. Apretándolo. Por favor. Una fuerza superior a mí que me fuerza a morir. Mi última bocanada de aire. Solo me hundo en el abismo más negro del vacío. Ayúdame.

Lobo

Anais González Peralta



El monstruo que ahora vive en mi está hambriento. Maldita sea. Ya poco recuerdo de lo que fue mi vida. A veces, entre mis tinieblas, asoma el vago recuerdo de mejillas rollizas, sonrientes, tal vez sean las de mis hijos. No lo sé.

La veo venir. La luna la alumbró. Es mujer. Trota. La espero. Avanza hacia los pinos, hacia mí. No me ve. Ni siquiera llega a oír mis jadeos. Trae cordones que le salen de las orejas. Mejor así. Está a diez pasos, ocho, seis, cuatro, dos ¡Zas! Me basta un zarpazo a su cuello. Mi presa cae al suelo, en silencio. El olor de su sangre aún caliente me excita. Miro a mi alrededor. Solo estamos ella y yo. Fiero, remato arrancando su cabeza. Sangre y carne, carne y sangre llenan mis entrañas en una desafortunada carrera contra el tiempo, el tiempo de ser descubierto, el tiempo de que nadie más que yo la devore. Oigo ruido a lo lejos. Alguien viene corriendo. Arrastro mi presa, los dos no cabemos debajo del pino. Ya está más cerca, lo huelo venir. Es un hombre. Tres... Ve el brillo de la sangre. Dos... Me mira. Uno... Lo miro. ¡Zas!

Del buscón D.Pablos en las Indias

Francisco Javier Gómez

En un galeón, gran velero
va un rufo de polizón.
Con su marca, la Grajales,
de Sevilla huye el buscón
D. Pablos. Con su rabiza
paga el pasaje en cabrón.

Tras meses de travesía
sienta plaza de rufián
en honesta mancebía.
La Grajales, hacendosa
y en lo suyo muy movida,
le sustenta con honor,
le viste de maravilla.
Poco dura en la fortuna
quien no cambia de rutina
y así con un capitán
la Grajales se le pira.

En garitos con los dados
y burlando a la malilla
va pillando unos ducados
con martingalas ladinas

le hiere en la rabadilla.
Así en el santo Hospital
D, Pablos, de mala herida
se recupera y con sopa
guarda con creces la línea.
Cuando ya le han dado de alta
ayudao de muletilla
acentuando las cojeras
por las iglesias conspira
contra las bolsas ajenas
pidiendo que es cosa fina.
Ya pulió capa de grana
en la ropavejería,
donde la espada empenada
y la daga mal vendida.
Quien tal trato da a sus armas
en verdad poco se estima.
Trasegando en la bayunca
en la mejor compañía
traman de noche, unos potros
cambiar de sitio en la villa
En la colonia es costumbre

hasta que un mal perdedor



al que hurta caballerías
darle el mismo tratamiento
que su padre tuvo un día;
la tradición del linaje,
heroica se repetía.
Bajo la copa de un árbol
“hombres buenos “ de la villa
esperan que un confesor
el alma le purifica;
Ya con la soga en el cuello,
cuando viene la milicia:
un capitán que hace leva
para buscar ricas minas,
adelantado del oro
y virrey de la codicia,
por su espada y por el rey
de los “homes buenos” libra;
se lo lleva de soldado,
del oro el sueño le anima,
con el morrión muy galán,
se asoma al agua y se mira.
Ya van al son del timbal
por trochas desconocidas
las noches de centinela
y de caminata el día
hasta que viene una flecha
y una nalga le santigua.
D. Pablos se arrastra herido

en la floresta tupida
y a poco ya se lo encuentra
de la indiada una jauría,
y no tarda en sorprenderse
en gran olla cual cecina
puesto a cocinar al fuego
en sazón de especias finas.
D. Pablos que contra el hambre
pasó luchando la vida
ahora va a matar gazuzas
de feroz horda caníbal;
y como tan buen cristiano
de los “viejos” de Castilla
escrúpulos de conciencia
le dan la fecha y el día;
siendo viernes de cuaresma
con su carne y con su vida
pecarán- malos cristianos-
los gentiles que le avían.
Solamente un aprobado
los comensales le asignan
dura encuentran a la vianda:
mucho hueso y poca chicha.



Soneto al vino

Francisco Javier Gómez

Al vino, a todos los vinos de la tierra

Mana de la tierra, de su profunda entraña
desde el día milagroso que fue la vez primera
haciendo del otoño bacante primavera
con el hondo misterio de magia soterraña

Se inventó él solo, el vino, ni Baco ni Noé;
el solo en la madura banasta de racimos
ensuciado de polvo, de la tierra y sus limos
empezó su milagro: primigenio aguapié

y un pájaro de canto, de vuelo, de aventura
picoteando las uvas rezumantes de mosto
descubrió la alegría del otoñal magosto
y convirtió en canción los posos de amargura

desde entonces los hombres supieron del consuelo,
que mana la alegría y que apaga el dolor,
y pudo cada hombre ser pájaro cantor

y remontar al cielo, sin volar, desde el suelo
todo por fantasía y milagro del vino:
comprendiendo por eso que aquello era “divino”



Si las paredes hablasen...

Julia Navas

Dime, ¿qué dirían?
No te quedes así,
sin aclarar el misterio.

Si mis paredes hablasen,
contarían historias
repetidas entre muchas paredes.

Unas, cotidianas,
de rutina insidiosa.

Otras, sórdidas,
de las que ni las paredes
quieren oír hablar.

Cada pared es un mundo,
un espacio de grafitis,
de esbozos de sueños que
el amanecer quiebra.

Paredes abarrotadas donde
no tiene cabida
ni un solo cuadro.

Ni espejos.

Paredes desnudas esperando
a ser vestidas de belleza.

Cada cual elige su pared
para cobijarse

o para ser derribada...

a patadas.

POESÍA

El año

Ana Rodríguez

Poesía para niños

El mes de Enero es el primero
luego, Febrero, que no viene entero.
En Marzo, otra vez treinta y uno
y trae la Primavera, el veintiuno.
Le sigue Abril, a veces, lluvioso
pero también muy hermoso.
Mayo, repleto de flores,
es el mes de los colores.
Cuando Junio ha llegado
ya no vas tan abrigado
y en Julio, pleno verano,
amanece *más temprano*.
En Agosto hay vacaciones
por todos los rincones
y a Septiembre hay que llegar
para el nuevo curso comenzar.
En Octubre ya estamos pensando
en el invierno que se va acercando
y en Noviembre ya planeamos
la Navidad que esperamos.
Diciembre es mi favorito,
está todo muy bonito
y recordamos que el Amor
es, de la vida, lo mejor.



Un trío esencial:

Inicio - nudo - desenlace

Covi Sánchez

Todas las historias tienen este trío: planteamiento o inicio, nudo y desenlace o final, es el patrón básico de la narrativa, aunque no obligatoriamente en este orden. Para alterarlo aplicaríamos alguna de las técnicas que se estudian en los cursos de relato y novela, como *in media res* o *in extremis*.

Para descubrir cómo funcionan estos elementos, vamos con el primero, el planteamiento o inicio.

¿Qué deberíamos escribir en el inicio? Imaginamos que al ir a escribir tenemos una idea clara de la historia que vamos a contar y cómo llegar al final. Pero, ¿qué contaremos primero?

Este primer elemento es donde presentaremos la historia y donde el lector verá qué clase de narración tiene entre las manos. Necesitamos enganchar al lector desde estas primeras líneas.

Si tenemos dudas sobre qué incluir en el planteamiento, nos vendrá bien responder a estas preguntas:

- ¿Quién protagoniza la historia?
- ¿Qué vamos a contar?
- ¿Cuándo trascurren los hechos?
- ¿Dónde suceden esos hechos?

Al incluir en el planteamiento las respuestas a estas preguntas, presentaremos a los personajes, determinaremos el tiempo y el espacio, definiremos el tema, el género... Pero aún deberemos incluir algo fundamental: el desencadenante.

Veamos como inicia el relato "A la deriva" el escritor Horacio Quiroga. *"El hombre pisó algo blancuzco, y en seguida sintió la mordedura en el pie. Saltó adelante, y al volverse con un juramento vio una yaracacusú que, arrollada sobre sí misma, esperaba otro ataque.*

El hombre echó una veloz ojeada a su pie, donde dos gotitas de sangre engrosaban dificultosamente, y sacó el machete de la cintura. La víbora vio la amenaza, y hundió más la cabeza en el centro mismo de su espiral; pero el machete cayó de lomo, dislocándole las vértebras.

El hombre se bajó hasta la mordedura, quitó las gotitas de sangre, y durante un instante contempló. Un dolor agudo nacía de los dos puntitos violetas, y comenzaba a invadir todo el pie. Apresuradamente se ligó el tobillo con su pañuelo y siguió por la picada hacia su rancho”.

Como veis en los primeros párrafos de este cuento ya sabemos el tipo de narrador, el tono que va a emplear, el ambiente donde se va a desarrollar la historia, vemos al personaje y además se introduce el conflicto. Pues bien, el narrador, el tono y el ambiente siempre aparecen determinados por estos primeros párrafos. Como ya hemos comentado en alguna ocasión es necesario mantener una coherencia a largo del relato y, por lo tanto, no se pueden cambiar estos elementos si no hay una razón que lo justifique.

Pero... ¿qué entendemos por “relato”? El relato es contar la historia de un momento, de un hecho, en un tiempo concreto y, por lo tanto, es más eficaz comenzarlo con el personaje en acción, bien física o psicológica, que con una descripción de atmósfera. Es importante en este sentido, releer bien el cuento una vez terminado y comprobar si en esas primeras líneas mostramos al personaje que el lector ha de seguir en su peripecia. A veces, solamente cambiando el orden de los párrafos el cuento mejora notablemente.

Y ahora, **el desencadenante o suceso**. Aunque tratarlo a fondo como se hace en los cursos de relato y novela sería demasiado extenso, sí decir que es ese acontecimiento imprevisto que altera la vida del personaje (que no tiene por qué ser rutinaria ni aburrida) y lo lanza al conflicto que desarrollaremos en el nudo de la historia.

¡Cuidado!, mostrar no significa recrearnos en dibujar el entorno y el paisaje, aburriendo al lector, sino enfrentar a los personajes al desencadenante mejor antes que después, y despegar, que la acción tome el testigo.

¿Os acordáis de El Padrino? El protagonista, Corleone, es un joven que quiere mantenerse al margen de los chanchullos mafiosos de su familia. Pero su vida cambia cuando su padre sufre un intento de asesinato (desencadenante), lo que le lleva a mezclarse con un jefe de policía corrupto y un enemigo de la familia para garantizar la seguridad de su padre (el suceso rompe con su vida diario y lo involucra en el conflicto).

Después vendrá el nudo, donde desarrollaremos el conflicto lanzado en el paso anterior, el planteamiento.

El nudo, con una extensión siempre mayor a la de las otras dos fases, conduce a nuestro personaje al desenlace de la historia. Pero las acciones tienen que ser coherentes con la información proporcionada en la primera fase, el inicio, y con lo que vaya a sucederle en la última fase, el desenlace.

A partir de ahora lo importante es la historia del personaje que se vio enfrentado/a al conflicto, que tuvo que tomar una decisión, pone a prueba la fortaleza del protagonista, que luchará para alcanzar sus objetivos.

¿Y cómo desarrollar ese nudo? Complicándole la vida al personaje. El camino deberá ser espinoso, una dura cuesta



arriba. Es lo que llamamos, *Punto de giro*: el momento de la historia que genera una alteración drástica en la trama, en su recorrido, y provoca un cambio importante en la vida del personaje que lo sufre. A lo largo de la historia puede haber más de un punto de giro.

- Mostrar al personaje en acción
- Enseñar su cara oculta
- Dificultar la consecución de sus objetivos
- Presentar su pasado para entender su presente

¡Ojo!, evita las escenas que no aporten nada, modera las descripciones (solo las necesarias para el desarrollo de la acción) y cuidado con los secundarios, no les demasado protagonismo.

Por último, **el desenlace o final**. Último elemento de la estructura narrativa en tres actos. Comienza tras el último *punto de giro* y desvela si el personaje consigue o no sus objetivos, es donde se resuelven los interrogantes planteados durante el nudo.

En esta escena, donde el protagonista se enfrenta a... para lograr sus objetivos, no tiene por qué ser trepidante. También podemos estar hablando de un hecho íntimo, una acción interna capaz de demostrar la transformación del personaje.

Tenemos que tener en cuenta que el desenlace comienza con una escena de clímax narrativo, punto álgido de nuestro punto de giro, no importa si es positivo, negativo o neutro para el protagonista, y que después la tensión baja de tal forma, que lo mejor es terminar la historia pronto, ya que si nos extendemos la satisfacción que hayamos causado en el lector puede diluirse y llegar a nada, o peor, a la decepción.

¡Cuidado!, no caer en finales inverosímiles, demasiado artificiales. Recordar que es la conclusión lógica del relato, donde los personajes viven las consecuencias de sus actos, sean buenos o malos, positivos o negativos.

Tenemos que crear un final para la historia que sea verídico, creíble y que satisfaga al lector.

Como decía John Irving: «*Las novelas tienen que ser más creíbles que la vida real*».

¿Deseas leer más? ¿Saber más? ¿Te gusta escribir?

Recuerda que la Asociación de Escritores Noveles ofrece cursos online o a distancia de Escritura Creativa:

Relato (inicial y avanzado),
Coaching o Tutorial de Novela,
Cuentos,
Poesía y
próximamente, Escritura terapéutica.



NUESTROS LIBROS

A continuación os presentamos los libros que han publicado nuestros socios durante el año 2014, y lo que llevamos del 2015.

Estamos muy contentos ya que, como podéis ver, en total contamos con veinte y dos obras, una cifra que impone respeto al tener en cuenta la dificultad que supone escribir, corregir, dar vida a una historia que resulte creíble, y publicar.

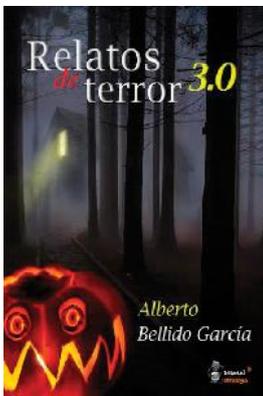
Ahora sois vosotros, los lectores, quienes podéis valorar el trabajo, leyendo nuestros libros y dejándonos vuestros comentarios, siempre enriquecedores para nosotros.

El orden en el que están los libros es el siguiente: primero la obra publicada en el 2015, y a continuación las obras del 2014 presentadas en orden alfabético, por el apellido del autor. Además de contar con los datos del libro y su sinopsis, también se acompaña de una breve biografía del autor.

Encontrarás toda la información sobre los puntos de venta en nuestra página web www.aenoveles.es, en la categoría "Libros".

¡Gracias por leer nuestra revista!

Covi Sánchez
Presidenta de AEN



Relatos de terror 3.0

Alberto Bellido García

Escritor, guionista, productor y director de cine, aparte de lector empedernido, Alberto Bellido es un enamorado del séptimo arte y de su magia desde niño.

Apasionado, sobre todo, de las historias de terror y misterio. Ha colaborado con diversos relatos, guiones, artículos y críticas de cine en las publicaciones y revistas digitales Scifiworld, Ultratumba, la revista digital de Castilla y León, Penumbria y Catalejo.

Fue coordinador y editor de cine en la revista digital Astrolabium y en la actualidad es guionista, productor y director de cine en SÍE Productions. Su proyecto más cercano es un cortometraje titulado La calabaza andante.

Sinopsis: En el libro *Relatos de terror 3.0*, el buen aficionado al género de terror en sus diferentes vertientes se encontrará con varias historias relacionadas con Halloween, otras emparentadas con lugares sobrenaturales y fantasmas, así como también vampiros y zombis.

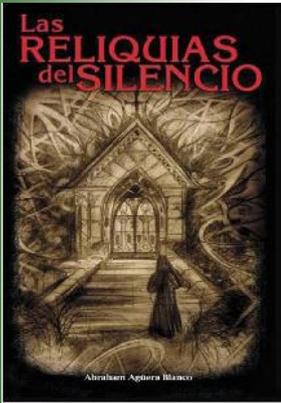
En resumen, un apasionante viaje del que los lectores que lo emprendan no se arrepentirán.

Género: Relatos - Terror

Edición papel



LIBRO 2015



Las reliquias del silencio

Abraham Agüera

Abraham Agüera Blanco nació en Villaviciosa en 1974, lugar donde pasó su infancia. Obtuvo el título de Técnico Superior en Administración y Finanzas en el IES Víctor García de la Concha, y en la actualidad vive y trabaja en Oviedo.

Abraham es aficionado a la escritura desde temprana edad y empezó a compartir sus textos por Internet bajo distintos seudónimos. La experiencia le resultó gratificante y comenzó a colaborar con varias asociaciones literarias y en blogs. Animado por las críticas de ese entorno digital decidió publicar su primera novela «Las Reliquias del Silencio».

Las reliquias del silencio es una novela negra ambientada en Asturias llena de suspense, acción y aderezada con un toque de romanticismo, cuyo protagonista es el detective privado Balagar Fartón.

Género: Novela negra

Edición papel



Una historia en el aire

Celia Álvarez Fresno

Celia Álvarez Fresno (San Salvador de Valledor – Asturias) es una autora asturiana que nació en abril, cuando la primavera comienza y ella, lleva es primavera siempre dentro. Comenzó en el mundo literario siendo casi una niña. Colabora con artículos en revistas y diarios, y hoy, después de un tiempo dedicada a la familia y trabajo, participa en reuniones literarias, y ahora retorna con más fuerza que nunca en el apasionante mundo de las letras.

Sinopsis: Alba y Esteban... un amor más allá de lo establecido.

Alba sigue su vida normal. Está enamorada de Esteban, su marido, y todo va bien. Hasta que un día una triste noticia cambiará sus vidas: Alba tiene cáncer.

A partir de ese momento la protagonista encontrará una fuerza dentro de ella que desconocía, comprenderá que el amor, la energía, la vida, pueden ser más fuertes que la enfermedad.

Alba luchará...

Género: Narrativa

Edición papel





El despertar

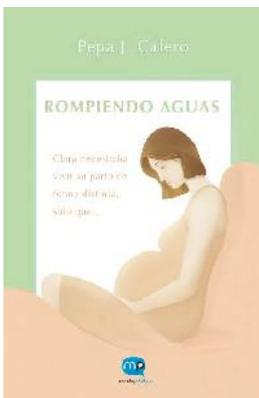
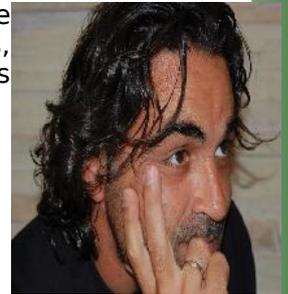
Isaac Barrao

Isaac Barrao nació en Gerona en 1976. Su pasión desde la niñez son las palabras y el dibujo. Aunque la vida le llevó por otros derroteros en el plano laboral, ha decidido centrar su vida en lo que le gusta. Ha publicado su primera novela de Ciencia Ficción - terror, *El despertar*, y está cursando un grado de dibujo artístico. En la actualidad reside en Mora d'Ébro, en Tarragona.

Sinopsis: Un lugar maldito para algunos, venerado para otros, unos personajes atrapados en el desolado y misterioso rincón de la mente en busca de una verdad que se abre a cada paso ante ellos, llevándolos al límite de la conciencia. Una trama que te conducirá a un nivel extremo, a un mundo habitado por sombras y esquirlas de luz que te invitarán a hacerte preguntas sin respuesta aparente, sumergiéndote en el paralelismo de la fantasía y la realidad convergiendo en un mismo punto. Adéntrate en los confines de la mente de John y Steven, enrólate con la agente Sam en busca de las señales que la obligan a creer en poderes superiores, déjate abrazar por la fuerza expresiva y sexual de Bazquez y..., no te olvides de una cosa: cualquier limitación que te plantees, solo está en tu mente.

Género: Ciencia ficción - terror

Edición papel



Rompiendo aguas

Pepa Calero

Pepa J. Calero nació en Socuéllamos (Ciudad Real). Es madre de tres maravillosos jóvenes, matrona y psicóloga. Le gusta vivir su vida, siempre a medio camino entre la imaginación y el mundo real. Le apasiona todo lo relacionado con la maternidad, viajar y... disfrutar uniendo palabras. Actualmente vive en Almería.

Ha ganado el primer premio del *concurso Maternidad Punto y Aparte de la Fundación FIV Recoletos* en el 2011 con el relato titulado *Un acto de amor*. Colabora en la *Revista Literaria Terral*, en la sección *El viajero*. En 2012 fue finalista en el *concurso internacional de relatos Max AUB*.

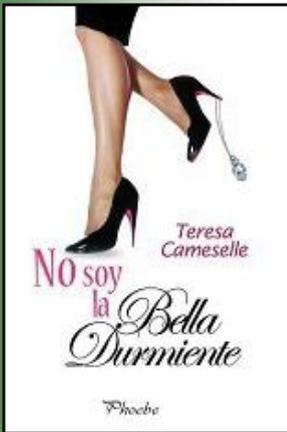
Sinopsis: Clara, embarazada de su primer hijo, desea vivir su parto de forma natural. Para ello cuenta con su plan de parto y su rechazo a la anestesia epidural. A punto de cumplir cuarenta años, ha decidido ser fuerte y demostrar a todos y a sí misma que podrá. A pesar de la oposición de su entorno, ella lucha por sus ideas. Todo iba bien hasta que rompió aguas y las sorpresas se sucedieron unas tras otras.

Rompiendo aguas es una obra imprescindible para aquellos lectores que deseen conocer todo lo que rodea al embarazo y al parto, pero no de una manera técnica, sino sumergiéndose en una travesía emocional ante la que será difícil mantenerse impasible.

Género: Narrativa

Edición papel





No soy la bella durmiente

Teresa Cameselle

Teresa Cameselle tiene 39 años y vive en A Coruña. Como escritora ha publicado varios relatos en libros conjuntos con otros autores y también en La Voz de Galicia. Ha sido finalista en el premio Acumán de relato breve y en julio de 2007 fue finalista del premio de novela de La Voz de Galicia. La hija del cónsul es su primera novela romántica publicada y con la que ha sido galardonada con el I Premio de novela romántica de Talismán

Sinopsis: Esta historia empieza con un gato llamado Tesoro. Aunque, como empieza de verdad, es con la chica que le gusta al chico que cuida de Tesoro.

Y no es una historia de “chico conoce chica...”, porque Sergio y Sofía ya se conocen, mucho; de hecho fueron novios en el instituto. Pero han pasado diez años sin verse. Y ahora viven de nuevo en la misma ciudad, y a él se le ha ocurrido mudarse al mismo edificio, y visitarla en el trabajo cada dos por tres... Y su vecino tiene un gato, y viaja mucho, y precisamente durante uno de esos viajes empieza esta historia.

Género: Romance actual

Edición papel



La Fábula de los sueños. Parte I: La rebelión del Fénix

Tómas Dagna

Soy de Las Palmas de Gran Canaria, tengo 25 años y desde que era niño me ha apasionado la escritura. Llevo escribiendo desde los 11 años, aproximadamente. Desde entonces, no he dejado de escribir. En 2010 mandé una de mis novelas a un concurso literario organizado por la Universidad de Las Palmas de G.C. , no fui el ganador pero mi libro quedó en el puesto

número seis.

Sinopsis: “Desde mi infancia, siempre he creído que un mundo diferente al mío no existía. Que era totalmente imposible. Que los rumores que se acogían a que otro lugar paralelo y muy diverso al existente se amparaba en algún lugar, eran infinitamente inciertos. Hasta que un día, mis ojos echaron por tierra a mis creencias. Mi nombre es Belina Maerd y, aunque nadie lo crea, he encontrado el paradero donde los sueños descansan”

Sumérgete en un mundo donde la fantasía te haga vivir una espectacular experiencia llena de magia, misterio, aventura y amor.

Déjate atrapar por los sueños.

Género: Fantasía-Aventuras

Edición digital (Ebook)





La marca Vikinga

M. P. Drayes

Nací el 7 de septiembre de 1970 en Gijón. La afición a la lectura la tuve temprana, de la mano de mi padre. Y su afición a escribir también prendió en mí de la misma forma. Comencé colaborando con el cuaderno cultural "Prímula" editado en el hospital de Cabueñes, en el que publiqué relatos y artículos. En el año 2012 escribí mi primera novela, "La marca vikinga". La autoedité un año después, en junio de 2013, bajo el seudónimo M.P.Drayes. En febrero de 2014 hice la versión digital de la misma, disponible en Amazon. Tengo publicado también un relato corto que fue elegido en el Concurso de microrrelatos eróticos de librería La Costera de Xátiva, Valencia. También colaboré con el blog literario indiesletraheridos.blogspot.com en el que publiqué una reseña de la novela "La yerba prodigiosa" de M^a Jesús Quesada. Actualmente he terminado mi segunda novela, titulada "El llagar" que está en proceso de corrección. Y estoy escribiendo un libro de microrrelatos de temática variada. Además de la literatura, añadir que tengo otras aficiones tardías como la música, (gaita y violín), la montaña y la fotografía. En esta última afición gané un concurso del diario El Comercio cuyo tema era "Turismo activo en Asturias" con una fotografía tocando la gaita en la cima de un pico, uniendo así dos de mis hobbies.

Sinopsis: Ivarr nace con una mancha que cubre una parte de su cuerpo, en una cultura en la que los recién nacidos con alguna tara significativa pueden ser abandonados por sus padres en la nieve, aunque su gemelo nace sin ella. En un viaje por mar, su barco es sorprendido por una tormenta. Ivarr y sus compañeros acaban en una costa: el norte de Jacobsland, en el que reina Alfonso III el Magno. Allí pasarán un invierno escondidos... pero son descubiertos por Mumma, una joven curandera. En los años siguientes, Ivarr viajará por medio mundo pero seguirá pensando en una cruz y un puño de azabache desde que salió del reino astur.

Género: Historia/épica/aventuras

Edición papel y digital



Y por fin, el silencio

Alicia G. García

Alicia G. García es una profesora asturiana que un día soñó conjuntar letras que pudieran dar sentido a todo aquello que ella tenía dentro de su cabeza... y el sueño se hizo realidad.

Buenos días es su primera obra editada, ganadora del Certamen de Novela Corta Princesa Galiana, en la que se destacó su interesante estructura narrativa.

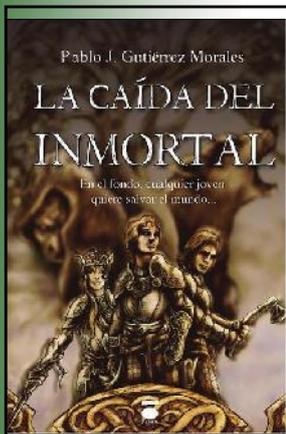
Y por fin, el silencio, su segunda obra, es la primera incursión que la autora realiza en un género diferente, la novela negra.

Sinopsis: Tres mujeres asesinadas. Un pasado sin respuestas, un terrible secreto de la infancia. Una deuda en el presente, un futuro que desaparece. Una confesión... Mientras la inspectora Elisa Antuña descubre que su futuro desaparece, un antiguo caso sin resolver regresa a su vida, una nueva chica asesinada, un nuevo misterio sin pista. El pasado retorna para convertir de nuevo sus noches en pesadillas. Sin tiempo para pensar, Elisa debe actuar, no puede mantener sus fantasmas escondidos por más tiempo.

Género: Novela negra

Edición digital





La caída del inmortal

Pablo J. Gutierrez

Nací en la bella ciudad de Granada un 22 de Marzo del 1988. Mi inquietud por escribir surgió de la necesidad de canalizar la imaginación que se acumulaba en cientos de aventuras en mi cabeza y contarlas, compartirlas. Mi primera novela "El Sucesor" la empecé a escribir con diecisiete años. Al principio eran muchas palabras sobre la libreta de clase, donde me aburría mortalmente. Luego esas palabras rellenaron muchas libretas y me di cuenta que estaba escribiendo una aventura que podía compartir. Mi padre me animó a convertirlo en libro. Fue muy gratificante ver que

amigos, familia y algún desconocido, compartían mis aventuras. "La caída del Inmortal" mi segundo libro, es más "maduro". Aunque mantiene la misma filosofía, aventuras en mundos irreales, es un libro que profundiza más en los valores e inquietudes de las personas.

Sinopsis: Cuando Arturo vuelve una tarde del trabajo, su mujer le entrega un misterioso paquete sin remitente y con un inquietante dibujo. Al rasgar el envoltorio descubre un libro titulado El Inmortal, cuyo autor es Pablo. Un aluvión de recuerdos le transporta treinta años atrás. En aquella época, Arturo era un solitario muchacho de quince años sin rumbo, inmerso en su infierno personal e incapaz de ver más allá de la miseria absoluta del barrio marginal donde vivía. En ese momento llega al barrio, y a su vida, Pablo, un chico extraño, soñador y vital que le enseñará a mirar con otros ojos lo que le rodea, y a apreciar que en acciones aparentemente sin importancia se encuentra el héroe que cada uno sueña ser. Arturo se siente magnetizado por su forma de pensar y ver el mundo. Pero Pablo esconde un secreto y Arturo descubrirá que tiene un don: el de sumergir en su mundo de fantasía a aquel que quiera acompañarle. Un tirano llamado El Inmortal ambiciona dominar «El Todo». La lucha de Arturo ha comenzado y se hará extensiva al mundo real...

Género: Ficción épica

Edición en papel



La eterna travesía del alma

Juana D. Martínez

Juana D. Martínez (Cartagena - Murcia) asturiana de adopción, es una mujer activa, que se define como autora novel, ecologista, comprometida en la defensa de los Derechos Humanos y en la conservación del planeta. Eterna aprendiz de la gente, la naturaleza, y la vida.

Le gusta escribir desde su juventud y nunca ha dejado de hacerlo. Ha publicado poemas y relatos. La eterna travesía del alma (2014), es su primera novela.

Sinopsis: Ana es una mujer triste y amargada que un día se da cuenta que necesita dar un profundo cambio a su vida para poder recuperar la felicidad. Mientras se encuentra inmersa en ese proceso de cambio, una serie de casualidades la llevarán a un pequeño pueblo de Asturias donde conocerá a Tenzing, un lama tibetano que vive desde hace años en una cueva en la ladera de una montaña.

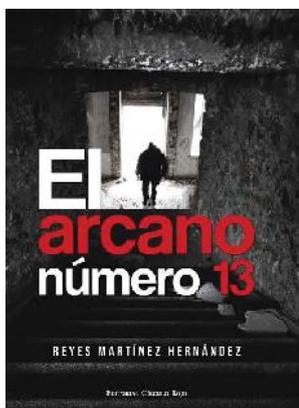
La llegada a Asturias y el encuentro con el lama despertarán en Ana recuerdos de una terrible vida anterior que le ayudarán a comprender el sentido de su vida actual.

La novela se desarrolla en cuatro escenarios diferentes: Madrid, Asturias, India y Tíbet.

Género: Narrativa

Edición en papel y digital





El arcano número 13

Reyes Martínez

Reyes Martínez, nació en Madrid en 1972. Es Técnico Superior en Imagen para el Diagnóstico desde 1993. Desde hace cinco años reside en Gijón (Asturias) compaginando el trabajo en un hospital, la labor de ama de casa y de madre de tres hijos, con su afición a la escritura. Tiene editados dos libros juveniles: Candela y el misterio de la puerta entreabierta (2011), y Candela y el rey de papel (2012).

Sinopsis: Un terrible asesinato ocurre en una céntrica calle de Madrid. La policía tan solo tiene una pista y le viene de la mano de una vidente. La inspectora Sara Benítez, encargada del caso, se verá obligada a elegir entre el mundo racional y palpable al que está acostumbrada y el mundo esotérico e intangible en el que su mente es incapaz de creer. Por otro lado Diana, una joven a la que un accidente le arrebató el sueño de ser bailarina, empieza a involucrarse, sin quererlo, en el caso que ocupa a la policía. Pero un nuevo y brutal asesinato dará un giro inesperado al caso, haciendo que Sara no tenga más remedio que cambiar su manera de ver las cosas. Logrará la inspectora Benítez superar su escepticismo y coger al asesino? ¿Qué significa en el Tarot el arcano número 13? ¿Quién es Gabriel? ¿Por qué está matando mujeres relacionadas con el esoterismo?

Género: Policial

Edición en papel



E-83 San Cayetano

Agustín Molleda

Nacido en Bercianos del Real Camino (León) en 1949, Agustín Molleda residió largas temporadas en León y Valladolid hasta que en 1985 fijó su residencia en Gijón. Se inicia ya mayor en su carrera como escritor.

Sinopsis: En esta segunda novela se adentra como testigo preferente en la entramada y secuaz infancia que padecieron los niños criados en la Ciudad Residencia Infantil San Cayetano de León, en la década 1955-1965.

Una historia real y truculenta, donde la pederastia se practicaba a rajatabla y que deja claramente al descubierto, tras más de cincuenta años escondido bajo las alfombras del Palacio de Botines (Diputación Provincial), el horroroso y tiránico comportamiento de los religiosos Terciarios Capuchinos durante el gobierno del que muchos ciudadanos de León llamaron El Hospicio. Él fue uno de esos niños de San Cayetano. Una novela valiente y combativa.

Género narrativa

Edición en papel





Julia Navas Moreno nació en Avilés en 1966. Desde 1989 reside en Gijón. Licenciada en Historia del Arte por la Universidad de Oviedo, su verdadera pasión ha sido siempre la literatura. Comenzó a escribir poesía y relatos a una edad temprana, recibiendo varios premios como ganadora y finalista. Permaneció muchos años inactiva, volviendo con ganas y retomando la escritura con la que ha sido su primera novela, *Esperando a Darian*, una historia trepidante y emotiva con una prosa directa y llena de lirismo.

También escribe artículos de opinión que recogen algunos de sus blogs y que han visto la luz en numerosas cartas a El País Semanal. En noviembre del 2014 fue la ganadora del II Concurso de Relatos Contra la Violencia Machista que organiza el Ayuntamiento de Terrassa con la concejalía de Políticas de Género. Dicho relato aparece en un libro: *Compartiendo Historias*. El 27 de marzo presentará su primer poemario *Confieso que he perdido el miedo*, de la mano del poeta David González.

Sinopsis: Ana repasa su vida en un momento agrisado: su plácida niñez, su adolescencia trepidante en el Madrid de la Movida... Años de música, diversión y coqueteo con las drogas; de amistad inquebrantable junto a Luis, un espacio físico y humano que la acoge y la protege de su soledad; su autoengaño en la relación adictiva y peligrosa con David, que acaba tras un acontecimiento inesperado. El encuentro con Darian la llenará de ilusión y compensará el escozor de las heridas abiertas, aunque él haya llegado de su país, la antigua Yugoslavia, lacerado por la guerra, el desarraigo y una historia dolorosa que trata de ocultar. La espera del otro ha merecido la pena, pero la felicidad es un estado intenso e inestable; efímero como un suspiro.

Género: Narrativa

Edición en papel



Tras los besos perdidos

Helena Nieto

Helena Nieto (Gijón) reparte su vida entre sus dos pasiones: la guitarra y escribir. Profesora de guitarra, ha decidido perseguir su sueño, ser escritora.

Desde pequeña se inventaba historias llenas de personajes, ahora nos muestra esos personajes llenos de vida para hablarnos de amor, amistad, porque las emociones son el eje que mueve el mundo. Helena siempre ha creído que

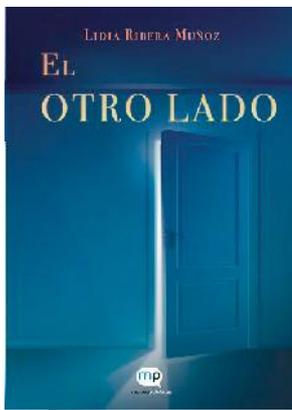
si persigues tus sueños... se acaban por cumplir. Sus novelas publicadas son: *Secretos de arena*, *Un punto y aparte* y *Tras los besos perdidos*.

Sinopsis: Lilian Marcos, vive una vida idílica al lado de un marido tocado por el éxito. Lo que nadie sabe, es que tras esa apariencia de hombre perfecto, se encuentra otro que engaña, controla y domina en todos los aspectos la vida de su mujer. El maltrato, no es menos destructivo por no ser físico y Lilian se siente desesperada, y ve cómo se va anulando su personalidad, día tras día. Ella es solo una posesión más, un trofeo para lucir de cara a la galería. Pero el destino la sorprende el día que trae su pasado al presente. Un reencuentro con Andrés Salgado, un antiguo amigo de la universidad, le abrirá los ojos a otra realidad que hará que se plantee muchas cosas sobre su existencia. Lo peor, es que su marido aún tiene otros planes para ella...

Género romántica

Edición papel





El otro lado

Lidia Ribera

Nacida en Valencia en 1975. Como la protagonista de su libro cree que, si tienes fe, puedes hacer cualquier cosa. Ha participado en varios premios literarios. *El otro lado* es su primera novela.

Sinopsis: En el Prominence Hospital de Canadá, un joven que se debate entre la vida y la muerte, después de haber sufrido un brutal accidente de moto, despierta del coma y descubre que no puede moverse.

La vida transcurre con normalidad hasta que ocurren una serie de accidentes y muertes que afectan a todos los que rodean al joven... Alissa, una de las enfermeras que le cuida, se debate entre el cariño y el temor. ¿Qué está pasando?

¿Qué harías si tuvieras el poder de cambiar tu vida? Y... ¿si pudieras cambiar la vida de quienes te rodean?

Género: Ficción

Edición papel



Cuando el pasado despierta

Olga Rico

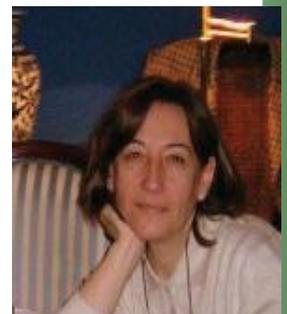
Olga Rico Cadavid nació en Pontedeume (A Coruña). Cursó estudios en la Universidad de Santiago de Compostela donde se licenció en Medicina y Cirugía. También posee el título de Procurador de los Tribunales.

En la actualidad vive en Oviedo donde trabaja como médico de Urgencias. Está casada y tiene un hijo. Después de escribir varios relatos y novelas cortas, edita su primera novela: *Cuando el pasado despierta*.

Sinopsis: Elvira, una enfermera dedicada al cuidado de su padre, enfermo de Parkinson, comienza a abrigar una nueva ilusión cuando Lorenzo, un atractivo comisario de policía, entra en su vida. Sin embargo, las circunstancias personales de ambos hacen imposible aquel incipiente amor. Con el paso del tiempo, la vida de Elvira da un importante vuelco al entrar a trabajar en la prestigiosa clínica Marsé, regentada por una misteriosa familia de médicos que viven en una lujosa mansión. Elvira se verá atrapada en un torbellino de intrigas y secretos, de amores perdidos, odios y venganzas. Lorenzo, que continúa amándola, tendrá que vencer multitud de dificultades para intentar rescatarla.

Género: Novela romántica

Edición papel





Luis Alberto Rodríguez Rey (Albertomadiou) , Gijón, 1975. Aunque nunca pensó en escribir un libro, sí es cierto que siempre le gustó haber podido contar alguna historia, y eso es lo que pretende este libro, contar una historia que pueda ayudar a alguien que esté perdido buscando una salida hacia su felicidad.

No se considera escritor, más bien dice que tuvo tiempo a escribir una historia, y la escribió. Esta publicación puede ser el punto de partida hacia la luz, de varias

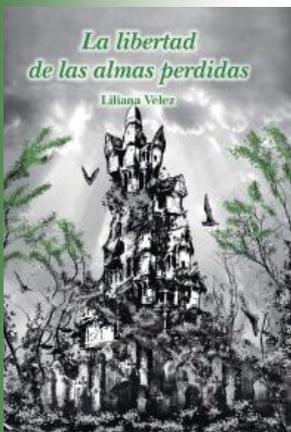
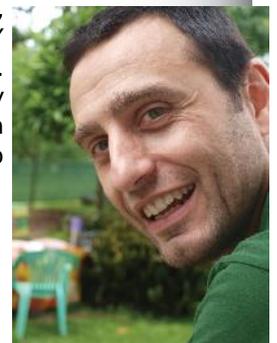
historias más que esperan en un cajón la oportunidad que está teniendo ahora su “hermana mayor”.

Reseñar que lo de Albertomadiou, es un nombre que surge de unir el nombre del autor, con el nombre de un pueblo asturiano en el que ha pasado grandes momentos durante su infancia y adolescencia: Madiedo (Madiou).

Sinopsis: Ésta es la historia real de una pareja anónima, que podría ser cualquiera de vosotros. Quizás sus sufrimientos ya los hayas vivido en tu propia carne. Es posible que sea demasiado tarde para leerla, pero puede que aun estés a tiempo. Adéntrate en sus vidas y espía sus miserias, porque es fácil que tú seas uno de los protagonistas aunque no lo sepas todavía. Y aunque te pueda parecer un déjà vu, no lo es. Prepárate para la verdad. Es tu vida. Lee y aprende a identificar las señales que te encuentras por el camino. Párate y tómate tu tiempo para decidir qué quieres hacer con tu vida, y por qué camino la quieres llevar. Esta historia te puede ayudar a ver lo que algunos vieron demasiado tarde.

Género: Novela

Edición papel



La libertad de las almas perdidas

Liliana Vélez

Liliana Vélez es una mujer colombiana que en el 2010, tras ciertas circunstancias personales, decide ponerse a escribir un libro.

Ella quiere contar todo aquello que vivió en primera persona y así ayudar a otras personas que pueden estar pasando por lo mismo. Ser una mano amiga, extendida, que sirva de apoyo, de timón en los malos momentos, de sustento de la ilusión, de la fuerza...

En su primer libro Liliana nos muestra (y demuestra) que SÍ, que se puede salir de las adicciones, de un mundo triste, oscuro y tenebroso, hacia un mundo diferente, donde la luz y la alegría acompañen tu vida.

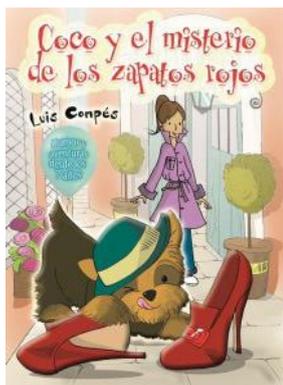
Después de una infancia alegre y feliz, llegó una adolescencia de dudas, de adicciones al alcohol y otras drogas. La protagonista sufre y hace sufrir a los que quiere, su familia. No se respeta a si misma, estando siempre en la cuerda floja.

Pero un día decide cambiar, salir de aquella ignominia y luchar...

Género: Autoayuda

Edición papel y digital





Coco y el misterio de los zapatos rojos

Luis Compés

Luis María Compés Rebato nació en el castizo barrio madrileño de Lavapiés en la primavera del año 1956. Diplomado en Información y Turismo ha desarrollado toda su trayectoria profesional inmersa en el sector servicios.

Autor de diversos artículos de opinión publicados en la prensa diaria y semanal de Alcalá de Henares, ciudad en la que reside en la actualidad, editó en el año 2004 un libro de ensayo titulado "Visión de la actualidad sociopolítica en forma de apéndices".

Ha sido finalista de diversos concursos de relato corto, siendo uno de los más relevantes el de "café", convocado por el Diario de Alcalá, en el que participó con el cuento "Suspirando en el Café" (2005).

De los tres libros editados hasta el momento, su ópera prima, *Reina de su imaginación*, un entrañable libro dedicado a su madre, va ya por la cuarta edición. Todo un récord para un escritor novel que no ha contado con el apoyo de una editorial.

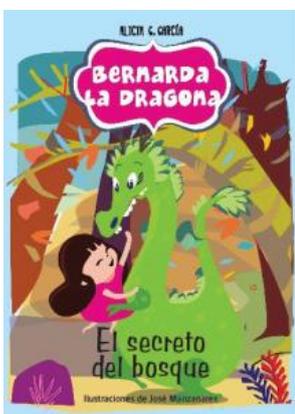
Sinopsis: ¡Para resolver los más extraños misterios hace falta un detective con mucho olfato! Os presentamos a Coco, un yorkie de kilo y medio con más intuición que Sherlock Holmes. Junto a su dueña Carolina correrá mil peripecias y se enfrentará a quinientos peligros, para resolver el enigma que trae de cabeza a todo el mundo: un enigmático ladrón que atraviesa puertas cerradas y deja siempre, como firma, un par de zapatos rojos.

En esta primera *CocoAventura*, Luis Compés y Coco nos llevan de la mano por Roma y Madrid en una hazaña a veces heroica y a veces... ejem... pegajosa, porque Coco acostumbra a meterse donde no le llaman. Será por eso que es tan buen investigador...

Humor, aventura y acción para lectores de siete a noventa años, con las ilustraciones de Isidoro Niero.



Edición en papel



Bernarda la dragona

Alicia G. García

Alicia G. García es una profesora asturiana que un día soñó conjuntar letras que pudieran dar sentido a todo aquello que ella tenía dentro de su cabeza... y el sueño se hizo realidad.

Sinopsis: Bernarda es una dragona doméstica que se gana la vida ayudando a los humanos en el cuidado de sus pequeños. Durante muchos años los dragones fuer-

on perseguidos y encerrados en torres y cuevas, el desconocimiento de la gente hacia su especie hacía que nos dieran miedo. Por fortuna, un acuerdo por ambas partes consiguió que la convivencia en paz fuese posible.

Tras el acuerdo alcanzado los dragones deben respetar cuatro reglas sagradas. La primera se refiere a que nunca debemos usar el fuego de nuestro aliento, la segunda, jamás podemos sobrevolar las aldeas y ciudades, nuestra sombra planeando sobre el tejado de las casas aún causa miedo, la tercera nos impide viajar, sin la compañía de un adulto, cuando el sol se haya puesto y la última, por ningún motivo dañaremos a un humano.

Mi vida tranquila al lado de Marta y de su familia, se ve alterada el día que mi tío abuelo Paco, el único miembro de mi familia que no aceptó firmar el pacto con los humanos, decide abandonar su refugio y secuestrar a la mamá de Marta.

¿Qué secreto guarda la mamá de Marta? ¿Por qué la secuestra el abuelo Paco? ¿Quién la ayudará? ¿Por qué está enfadada Marta con sus papás?



Edición en papel



Nació en Caracas y es psicopedagoga de profesión. A temprana edad, en Venezuela, gana un concurso infantil de cuentos inspirados en las pinturas, obteniendo una caja de 24 colores "Prismacolor" como premio. En el 2010, obtiene el primer premio en el II Concurso Literario de Cuentos «¿Y tú qué cuentas?», organizado en la localidad leonesa, San Andrés del Rabanedo, En el 2011, resulta ganadora del I Certamen de Narrativa para autores noveles, organizado por la Asociación de Escritores Noveles, con la novela corta Cuando las gallinas mean. En el 2014 publica su primer cuento para niños entre los siete y los 120 años, Los Pichicalvos, una historia llena de fantasía que nos habla de cómo la tolerancia y el respeto mutuo pueden llevarnos a descubrir grandes amistades y enriquecer nuestro mundo interior.

Sinopsis: ¿Qué es un Pichicalvo? Es un ser pequeño, muy pequeño, tanto que podría pasar por...

Carol es una joven aprendiz de laboratorio. Una mañana al ir a vestirse para marchar, ve algo extraño en su calcetín blanco. Es como una mota de polvo. Con la uña de su dedo índice la golpea y... escucha una voz enorme que grita: ¡Noooo! Sobresaltada, se pone las gafas para fijarse mejor, de repente observa como el punto negro comienza a moverse... A partir de aquí la historia nos presenta como Carol y aquel pequeño y extraño ser comienzan a hablar, a conocerse, para descubrir que los Pichicalvos viven en...

Si lees este cuento quizás descubras que tú también puede que tengas uno en... tu habitación.

Edición digital



Cursos a distancia que ofrecemos



- | | |
|-------------------------------|----------------------------------|
| Poesía inicial | Redacción periodística |
| Tutorial de novela (coaching) | Crítica literaria y periodística |
| Relato I - Inicial | Lector editorial |
| Relato II – Avanzado | Blog como vía de promoción |
| El cuento | Redes sociales para escritores |
| Los personajes | |
| Y próximamente... | |
| Escritura terapéutica. | |

Más información: aenoveles.es

